

# REVISTA NACIONAL

DE

## LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año III—Tomo III

Montevideo, 10 de Julio de 1897

Número 51

### REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.  
Victor Pérez Petit.  
Carlos Martínez Vigil.  
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

|                                  |         |
|----------------------------------|---------|
| En la Capital, por mes . . . . . | \$ 0.50 |
| En campaña . . . . .             | 0.60    |
| En el exterior . . . . .         | 0.70    |
| Número suelto . . . . .          | 0.30    |

### CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuario".—Joya Literaria, de Cuspínara, Teix y C.ª

### ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—UNA CARTA DE SALVADOR RUEDA—A PROPOSITO DE LOS SPALQUES DE CLARÍN, por Victor Pérez Petit—APUNTES BIBLIOGRÁFICOS, por Carlos Martínez Vigil—EL PRIMER CADÁVER, por Ramón de Santiago—UNA VISITA A LA "REVISTA NACIONAL", por Teófilo Eugenio Díaz—APUNTES, por José L. Gomonoro—MÚNICIAS, por Daniel Martínez Vigil—LAS DOS TEMPORADES, por Germán García Hamilton—LA QUINTA ETAPA, por José Luis Antuña (Chico)—MURQUETA, por Guzmán Papini y Zas Olas, por Julio David Orguelt—EL VALOR, por el Dr. Herminio C. Niñez—MEDICINA LEGAL, por el Dr. José Fernando y Otaola—NOTAS BIBLIOGRÁFICAS—SUELTO.

## UNA CARTA DE SALVADOR RUEDA

A JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Montevideo

Es un día de fiesta para mí este en que recibo los números que ha tenido Vd. la bondad de enviarme de la REVISTA NACIONAL. Es para mí día de fiesta porque me encuentro con un periódico ó revista como yo quisiera que hubiese muchos en América y con el hallazgo preciosísimo de un espíritu superior como el de usted. Me ha producido una hermosa impresión ver, al leer sus críticas, desenvolverse y presentarse por muchos y diversos puntos, un cerebro amplio y noble, á la vez que un alma pura y elevada.

Yo creo que así son el alma y el cerebro de los grandes escritores, y saludo en usted á uno de ellos. Si posible fuera que tendiendo el brazo sobre el mar llegase ahí mi mano, con efusión estrecharía la suya. Con profunda elocuencia *canta* usted en uno de sus artículos, al artista que ha de venir, al que acaso esté al llegar con la nueva y esperada bandera que guíe á las almas; y crea Vd. mi sinceridad, yo veo en el gran amor de usted

por las letras, en la alta imparcialidad de sus ideas, en su noble amor á lo bello y humano y en el acento elocuente de su estilo, á uno que puede hacer mucho y fecundo en bien de las letras americanas y en bien del amor que debe unir á americanos y españoles.

Muy justos encuentro los elogios de mi ilustre amigo *Clarín* á usted y á la REVISTA. Acaso él vea en ambos cosa parecida á la que veo yo. Leyéndole á Vd. no me parece que leo literatura americana, sino literatura *latina*, en el amplio y hermoso sentido de la palabra: solamente con el efecto de su estilo, oriundo de la cláusula latina y vaciado en el troquel castellano, borra Vd. toda idea de división de raza, de colectividades y de castas. Eso es hablar á *todos*, los de acá y los de allá, y tener la unidad, no sólo en el alma, sino en la pluma. Esto, en cuanto al bien de la patria común; que en cuanto á arte, ideas y sentimiento, lo pleno del cerebro y del alma de Vd. se ve que puede pertenecer, si Vd. se empeña en ello, no á este ni á ese palenque, sino al *palenque humano*. Ya ve Vd. si he formado buen juicio de su personalidad!

Por acá no sobran mucho esos *temples*, y codicio la pluma de Vd. para Madrid: hablar desde la cima de la justicia, con la serenidad de la verdad y la elocuencia de la convicción, es seguramente de lo más hermoso que puede haber en la vida.

Solamente (por causa de la distancia) cuando habla usted, no de líneas generales, —que esas son firmes,—sino de líneas accesorias, le encuentro á usted algo despistado y á veces algo apasionado ó parcial: no estamos conformes en atribuir, á determinada significación lírica de acá, tanto; en ella hay más *estrucendo* que *bronce*, y así lo reconoce el público desde hace años; y no tiene tanto mérito *servirse* del léxico tradicional en el verso, léxico que han hecho muchas generaciones y que es un *repuesto común*, como inventar (usemos la palabra aunque no sea del todo propia) un léxico propio y palpitante de vida que prenda, que encarne, en la naturaleza y en el alma, y de ellos traiga la esencia á la estrofa; léxico éste acomodaticio al átomo y á la montaña, á la convulsión social y al sutil estremecimiento del nervio más delicado. Pero no quiero que se me *temple* la pluma, porque entonces, de un asunto en otro, acabaría por escribir, más que una carta, un libro, y estoy fatigado después de haber puesto estos días la palabra *fin* á tres obras.

Aparte de los puntos (son pocos) en que no estoy conforme con Vd., me complazco en decirle que reconozco en Vd. una *fuera nueva* que se levanta, una conciencia honrada, un cerebro amplio, una justicia; todo ello expresado por un acento siempre noble y á veces tribunicio *sin estrucendo*.

Para hacer ver á Vd. que mi pobre musa no ha pasado por París ni con el pensamiento (como Vd. parece que se inclina á creer) (!) baste decirle que hasta hace un medio año no ha abierto una gramática francesa y que ahora mismo empieza á traducir con trabajo la lengua de Hugo; añadiré que viene ella *directamente* de una insignificante aldea andaluza, hecha á las faenas del campo que luego ha pintado; que le produce náuseas el *Barrio Latino* y que su cuerpo está amasado con sol, yerbas campestres, y más tarde con ambiente agitado y reuelto de Madrid.

Mi afán desde que escribí el poema *Formos* es hacer que la lírica prenda en la realidad de la vida; versificar un trozo de vida, hacer estrofas las figuras. Esto no quiere decir que lo haya conseguido. En España, la lírica se va; y se fué siempre (excepto Bécquer) por el discreto, ó por la retórica altisonante, ó por los tropes de músicas y luces, *sin emoción real*, ó por la psicología *en abstracto* y la filosofía rimada. Un palpitante pedazo de vida con luces, tonos, ruidos, pasiones, paisaje, dolores, alegrías, etc., etc., no lo tenemos en ningún poema.

Vuelvo á leer algunos de sus artículos y otra vez se me viene la pluma á la mano. ¿Para qué? No lo sé, pero la tomo y escribo: en esto nuestros cerebros se están pareciendo á dos enamorados que no ven nunca el momento de separarse. Vuelvo á admirar su alma hermosísima, su amplitud moral, su variedad infinita de ideas, su estilo de una elocuencia que subyuga, su sensibilidad pasmosa, sus dotes singulares de *analizador*, su brillantez de forma que parece trabajada á cincel, y la cantidad de poesía que lleva usted en el corazón. ¡Qué flexibilidad de gusto estético! ¡qué ausencia de prejuicios! ¡qué variadísimo paladar literario! ¡qué retina para ver todos los diversos y encontrados horizontes del arte! Es usted el crítico acaso más amplio y ecléctico de nuestro tiempo. Eso debe ser un crítico; es decir, encerrar en *un solo* temperamento los temperamentos de *todos* los artistas, y ponerse dentro del terreno de cada uno para juzgarlos. Un crítico así es un *ser-humanidad* y artista y poeta mil veces.

Envíeme Vd. una biografía suya; desearé conocerle á Vd. más.

Y dé mi parabién á los compañeros de la REVISTA, los cuales constituyen un grupo literario muy sólido, serio y digno.

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 31 de Mayo de 1897.

(!) En el artículo sobre Dolores de Federico Balart.

## Á propósito de los "paliques" de Clarín

(Véase el número anterior)

*Palique*, el último libro que nos ha llegado de Clarín, implica, pues, un retorno á su primera manera en cuanto crítico, es decir, á la crítica aguda, breve, humorística, militante. En este volumen encontramos al Clarín anterior á la publicación de *Mezclilla*, al satírico mordaz, al polemista incisivo, al luchador inmovible, al guardiacivil del arte. Dirige todas las fuerzas de su ingenio á combatir el detalle, cazando los errores gramaticales, persiguiendo minuciosidades que luego resultan atrocidades como casas, limpiando, fijando y dando esplendor al lenguaje. Es implacable con las nulidades, severo con las medianías y paternal con los principiantes que revelan algún ingenio. No transige con un mal estilista; no perdona á un asesino de la gramática. Y si su libro encierra más censuras que elogios; si en él son más numerosas las páginas vibrantes de nervio, acerbas, punzantes, que las de aplauso, suya no es la culpa, sino de los que las motivaron.

Y he aquí por donde venimos á comprender el origen de ese triste pesimismo que resbala al través de todos los trabajos del autor de *La Regenta*. Ese reinado procaz y desvergonzado de las nulidades infatuadas, en un ambiente literario en que se olvida á los maestros y priva el mal gusto, el favoritismo y la necedad, ha engendrado en el espíritu del crítico español un desaliento hondo, una tristeza amarga y desconsoladora. Su sátira, sus burles, todo su *humour* son hijos de ese pesimismo; y por ello es que cualquiera, hasta el menos lince, puede penetrarse de todo el desconsuelo que bulle bajo la risa del escritor. Ríe á la manera de Hamlet, y así su risa, más burlesca, como que es fruto del desprecio que le merece la imbecilidad triunfante, resulta violenta y nos crisa los nervios. Tórname grave, de imprevisto, y todo el dolor de palpar la decadencia artística nacional surge al exterior en ondas de desgarradora melancolía. «Si por el tono de este prólogo — escribe Clarín, — ó por algunos artículos, ó por el título del libro (*Sermón Perdido*...), alguien juzgara que soy pesimista, se equivocaría en más de la mitad.» Pero, más abajo, agrega estos dos renglones de dudosa interpretación: «Los pesimistas no creen que el mal pueda ser mayor; yo sí. En esto nos diferenciamos.»

Más grande, y más artístico también, es ese pesimismo que alborea en los últimos trabajos de Leopoldo Alas — en sus notables estudios sobre *La Terre* de Zola, sobre Baudelaire, sobre *Mensonges* de Bourget, sobre Adolfo Camus; — pero si ese pesimismo es así, debido á las corrientes modernas que dirigen toda la literatura, á las ideas morales que dominan al siglo, al influjo de la ciencia y á cien otras causas generales, extrínsecas al escritor, este otro *pesimismo regional*, si vale la expresión, hijo del examen verificado sobre la decadencia nacional, es más hondo, más prosaico, más lúgubre también. Clarín se encuentra solo en medio de la lucha; el frío desaliento le invade por instantes; duda del triunfo de sus ideales; desespera de sus propias fuerzas para combatir tanto mal y tan crasa ignorancia. Á su alrededor advierte

el vacío que se hace en torno de los únicos hombres que valen, y en cambio ve subir, como la espuma, la reputación usurpada de los envidiosos, de las nulidades, de los perversos. No es, por lo tanto, ese dulce pesimismo artístico, lleno de melancolías inenarrables, que se esfuma en nieblas y que adormece el espíritu entre vagas nostalgias de recuerdos queridos, el que aquí refleja el espíritu del autor sobre las páginas del libro, sino esa nota dolorosa, casi brutal, que angustia el pecho despiadadamente y hace desear el total aniquilamiento.

Por eso el chiste en Leopoldo Alas reviste caracteres de originalidad propia, y por eso, también, su risa no cautiva á todos los lectores. Leed solamente el tomo rotulado *Palique*, y, si sois inteligentes, inmediatamente advertiréis cuál es esa risa que no comprende la gran mayoría del público, ó, como quien dice, el público de escalera abajo. La inteligencia de Clarín sólo habla al público inteligente. Su risa es sólo contagiosa para los que conocen la teoría de Bain y de Herbert Spencer sobre ese fenómeno psicológico. Por manera que el chiste de Clarín se diferencia fundamentalmente del de otros críticos en que no interesa como el de éstos al público burdo. Dad á cualquier ignorante los *Ripios Aristocráticos*, verbigracia, y le veréis reír á carcajadas; y esto por varias razones: primera, porque los chistes de su autor son chistes que hablan directamente á los sentidos y no á la inteligencia — y por consiguiente no es necesario ningún esfuerzo intelectual para comprenderlos; — segunda, porque son crudos, picantes, directos, hirientes — y el hombre siempre encuentra algún goce en ver caricaturado y maltrato á su prójimo; — y tercera, porque los tontos admiran siempre lo que no entienden, y hay autores que tienen la habilidad de disfrazar sus osadías y bromas con pretendidos conocimientos gramaticales.

Un libro de Leopoldo Alas produciría contrario efecto en ese lector: los chistes en él contenidos le dejarían serio, como que no los entendería, ó concluirían por aburrirle. ¿Por qué? Porque el chiste de Clarín es un chiste triste, — aunque parezca esto un contrasentido. — El lector que se ría leyendo una gracia de Alas es porque ha hecho un rápido trabajo intelectual, pero trabajo al cabo, á fin de alcanzar su intención, su *calenbourg* su gracia, y en último resultado sólo ha encontrado una burla acerba, un frío desprecio, una amarga enseñanza, una velada corrección. El chiste en Leopoldo Alas causa el mismo efecto que un tirón de orejas: nos hace reír por el visaje que correlativamente engendra en el castigado; pero al mismo tiempo nos enseña la falta que castiga y el dolor que causa. Y acuden á nuestro espíritu las mismas dudas, igual desaliento, idéntica dolorosa impresión que los experimentados por el crítico al examinar el raquitismo intelectual de la literatura decrepita y contrahecha de los escritorcillos contemporáneos.

Los *paliques* de Clarín son festivos... , pero de una manera triste, cual si la sonrisa violenta lastimara los músculos de la cara y pusiera sobre ésta un tinte de dolor. El lector de buena fe, durante la lectura de esas sátiras vive dos veces, porque sus nervios están en tensión, y no pueden descargar por la franca válvula de la risa toda la corriente nerviosa que los electriza; porque su cerebro está elaborando ideas abstractas, negras y dolorosas; porque su sangre con-

sume oxígeno extraordinariamente en la exuberante vida que aniquila el organismo. El espíritu y la inteligencia se deleitan; la materia y el cuerpo se fatigan. Á semejanza de los placeres supremos é intensos, esta lectura eminentemente sugestiva nos deja rondidos, completamente abrumados.

El crítico ha vestido su dolor con un traje de Momo. ¿Para qué contarle al mundo la historia de sus desilusiones? El, espíritu fino, delicado, impresionable, sediento de bellezas, amante de todo lo puro, de todo lo correcto, de todo lo exquisito, había soñado con las esplendorosas irradiaciones de un arte grandioso, noble, escultural, y había sentido los divinos sacerdotes que habrían de oficiar ante su altar con las irrepugnables formas fijadas en el supremo código de su religión; — pero al abrir los ojos á la realidad, sus más queridos sueños, sus más rientes esperanzas se desvanecieron ante aquel ridículo simulacro de un servicio divino ejecutado por los parias del mundo intelectual, y entonces, perdida la fe, desvanecidos los entusiasmos, borrados sus ideales, aquella dolorosísima impresión descargó sus nervios, poco antes en tensión, á la espera del supremo goce, y de esta disconveniencia, ante este contraste, frente á esta ridícula profanación, la risa escéptica, la risa helada, esa risa melancólica formada con el dolor y la compasión, surgió hirviendo, en espumarajos, mitad hiel mitad burla. El sollozo está palpitante debajo de los romboedros multicolores del traje de Momo, pero no trasciende al exterior: el público sólo ve la risa que crisa los labios y sólo escucha el repiqueteo de los cascabeles. Pero el lector inteligente ve en aquella risa la luz de las lágrimas y la sangre que se hiela bajo los labios, y oye en el sonido de esos cascabeles el rastallido del látigo y el inmenso desprecio que crece y se agiganta en el pecho del crítico. Ese es el chiste de Leopoldo Alas.

Después de lo que queda anotado, fácil le será al lector comprender cuál es la modalidad de la sátira empleada por Clarín en sus trabajos críticos, y particularmente en los *paliques*. No es ella, pues, la sátira brillante y con reflejos metálicos de los clásicos latinos, ni la jocosa y de grandes cuadros, incendiados de luces, de los escritores franceses, ni la analítica y apasionada de los que la ejercen en la ibérica península. Si es cierto que en el estilo del autor de *Su único hijo* hay mucho de ático, no es menos cierto que él tiene, más que cualquier otro escritor, un sello eminentemente particular que le descubre en seguida al menos lince. En su frase, casi siempre doctoral, como de maestro que enseña *ex cathedra*, un sí es no es obscuro y eminentemente sugestivo, lo que nos le presenta, á veces, como un espíritu más germano que latino, y en su risa amarga, hiriente, llena de desprecio, de dolor, de triste pesimismo, palpitan siempre esa rebotante vida de las brusquedades y durezas que parecen ser las fuerzas dirigidas de ese su carácter avasallador, nervioso é implacable. Su expresión, por tal manera, resulta siempre altiva, como la del que sabe que está en lo cierto, como la del que no puede equivocarse. Sus dardos, con ser más agudos que los de los troyanos, llevan siempre un ligero barniz de ironía que disimula los rayos de sus puntas aceradas. Su censura lastimosa callandito; la herida que causa, por superficial que sea, trae la muerte. Además, Clarín no se cuida de amenguar la fuerza de su ataque

cuando considera la nulidad que ha de sufrir. Satiriza sin importarsele ni mucho ni poco el efecto que experimentará el satirizado. Él se encuentra demasiado alto sobre las vulgares convenciones mundanas, para que lleguen hasta sus oídos olímpicos los lamentos del pecador herido por sus rayos vengadores. Pasa, y la huella de su látigo queda siempre.

Los principios generales de su crítica son inflexibles: es implacable con las nulidades y abomina de las medianías disfrazadas de artistas hechos y derechos. O se es buen escritor, o no se publica una línea. La estética da la idea de la belleza; la retórica enseña los procedimientos para realizar ésta. ¿Se ha cumplido aquélla? ¿Se han respetado estas leyes? Pues el escritor que tal ha hecho es bueno. Y así lo dice, sin más ditirambos, sin sonismas ni adaltonerías, ahorrando como avaro los *eminentes* y los *insignes* en cuanto adjetivos superfluos.—Y, á la inversa, el escritor falta á las reglas y desbarra? Pues nada; no sirve. Y entonces es cuando la risa—la risa satánica de *Clarín*—sube á sus labios como una avalancha de hielo, y se asoma á sus ojos, que despiden reflejos de estileto napolitano; y entonces es cuando la palabra cae cruda, mordaz, vibrante, con chasquidos de látigo y notas agrias y convulsivas. Hay vida, hay luz, hay sonidos en esa sátira; pero es el sonido, la luz y la vida del rayo que de garra y quema las plomizas nubes y hiere los árboles perdidos en la vasta extensión de los campos.

Leed los *paliques*, y sentiréis todo esto. Al través de ese título que da la idea de frivolidad, de charla de poca importancia, que hace suponer que las correcciones serán benévolas y familiares; al través de la hombría de bien que traduce esa palabra, hay toda la ruda severidad de un espíritu recto y justiciero, toda la dureza del que no transige ni perdona los errores. Hay que ver esos parrafitos incisivos, llenos de cariño maligno, de burla complaciente, que destilan algunos *paliques* de *Clarín*, v. gr., el titulado «San Juan de la Cruz y la señorita Valencia.» Por eso todos y cada uno de los *paliques*, si bien nos hacen sonreír, nos dejan hondamente impresionados, encogidos de puro miedo, un poco pensativos... Soñaremos, sí, pero forzadamente, con esa sonrisa dolorosa, estúpida, casi pálida del chicleño cobarde que, al ver un compañero golpeado por otro más fuerte, trata de halagar á éste. Hay mucho de miedo en ese gozo interno, y además de miedo, algo extraño, inexplicable, que vibra en el aire, no se sabe dónde, y que nos hace pensar en faquezas humanas, en conocimientos que sentimos no poseer. La sátira empleada contra un escritor que vive lejos de nosotros, allende el Atlántico, parece que nos alcanzara de rechazo, que luciera durante un segundo sobre nuestras cabezas, á la manera de la espada que hace siempre el gásto en estas comparaciones. Y á veces, después de haber leído veinte páginas, gritaríamos al autor: «¡basta ya! no más esas llagas puestas al desnudo tan despiadadamente; ¡basta, *Clarín*, no más ese silbido de las correas que crispa los nervios.»

¿*Palique*? ¿No están malos *paliques*? No andan tan errados aquellos que, como dice el mismo *Clarín* en «*Palique del palique*,» creen que la tal palabrita viene de palo. Pero, si bien estas sátiras suelen ser zurribondas desquiciadoras, verdaderos puntillazos, no creo en modo alguno, según he dicho en otro lugar, que ellas

vengan destilando veneno.

Al autor de los *Folleto literarios* se lo ha llamado *Cascabel*, serpente de cascabel, alacrán, y, no lo sé de cierto, pero me figuro que sí, venenoso rábido concentrado.—Pues, no señor; yo no encuentro veneno en *Clarín*—porque algunos usan este trozo originalísimo que consiste en tomar el autor por el libro; yo no veo en sus páginas más punzantes sino las correas del látigo, y á lo sumo, cuando habla de Cánovas con verdadera inquina, las correas del knut. Dice verdades, verdades muy amargas, con brutal franqueza, como es necesario decir las á los tontos soberbecidos para que las entiendan bien; mas no se diga que esto es destilar veneno. ¡Caramba! ¿Qué calificativo dejamos entonces para el maldiciente?

Y que son verdades las que dico *Clarín* no hay más que verlo. Las dice á puñados, sin recato, muy desnuditas y muy feas. Él no levanta falso testimonio á nadie,—que lo diga, entre otros, *Calvez*, el mismo que dijo «inelectables» por «ineludible» y «aconsejito» por «inconsciente»;—no miente ni habla mal del prójimo... en cuanto no sea éste un escritor malo; respeta á los muertos, y no se ensaña en ellos, según hacen otros críticos.... ¿Dónde está entonces el veneno?

Creo que es en *Sermón perdido*... donde he visto que algunos señores caricaturaban á *Clarín* como una serpiente de cascabel que se mordía la cola. ¡*Clarín* envidioso! ¡*Clarín* roído por la envidia! Pero, ¿de quién puede tener envidia el autor de *Pipa*? ¿Quién es el tirán que ha despertado en el alma del terrible crítico esa baja pasión? ¿Acaso el gacetillero le le critica? ¿Los señores del jeriódico que le sacaron, como dicen algunos pseudo-literatos, de serpiente mordidosa la cola? ¡Bah! Eso sería ridículo y tonto. ¿Cómo sentir envidia de los que no tienen nada para envidiarlo? ¿De quién, entonces, puede estar envidioso *Clarín*? Veamos quién son los que más valen: Valera, Menéndez y Pelayo, Campoamor, etc. Á éstos sí puede ser que envidie el crítico; pero, ¿él habla mal de ellos? No, señor; precisamente son estos escritores los que le arrancan todos sus aplausos. Hay más: tomad el libro rotulado *Palique*, y leed en la página 195: «Menéndez y Pelayo, que vale muchísimo más que yo...» ¿Por Cristo! ¿Es envidia esto? Justamente, *Clarín* alaba á Galdós, Pereda, Castelar, Valera, Menéndez y Pelayo, Echegaray, en fin, á todos los talentos sólidos que merecen ser envidiados, siquiera por su talento. Y en cambio fustiga á Fabié, al P. Mir, á *Gedeón*, á una señorita Valencia—que se declaró últimamente en estado de poetisa—y no recuerdo á cuántos otros escritores de regular, malo y pósito para abajo respectivamente, y que no merecen ser envidiados ni por un Cañete y menos aún por un Silvela. ¿Les fustigaré *Clarín* porque los envidia? No han leído los que tal dicen ni las críticas de Leopoldo Alas ni las incongruencias de los criticados.

La crítica que informa los *paliques* de Leopoldo Alas, por otra parte, debe usarse con la prudente mesura, sano criterio y elevadas miras con que la emplea este escritor, pues utilizada por un espíritu estrecho, ignorante ó malevolente puede engendrar funestísimas consecuencias: el arma que en manos del prudente es poderosa ayuda, conviértese en las del niño ó del malvado en instrumento peligroso. Y por eso sólo acato y sólo admiro esta crítica policíaca

cuando es ejercida por un escritor de ley, sincero y desapasionado; por un alma de artista, consciente, educada y moral; por quien nos haya demostrado más de una vez que no solamente sabe cazar los gusanos en las obras de los grafomantes y heterodoxos, sino examinar la obra literaria, cuando es de positivo valer, con esa noble inteligencia y recto criterio que iluminan á qué la como con el resplandor de la verdad, desentrañando su esencia y sus fines, la idea que la genera y la tesis que persigue, y descubriendo en el alma del autor sus pensamientos, afectos y emociones.

VICTOR PÉREZ PETIT.

## Apuntes bibliográficos

LEGAJO DE VARIOS, POR ELÍAS ZEROLO

Elías Zerolo, bien conocido por cuantos se preocupan del actual movimiento literario, como prologuista de las *Doloras* y *Foemas* de Campoamor y de las *Poesías Líricas* de José María Heredia, y autor, en colaboración con Miguel de Toro y Gómez, Emiliano Isaza y otros distinguidos escritores españoles y americanos, del *Diccionario Enciclopédico de la Lengua Castellana* que acaba de aparecer en París y que ha venido á enriquecer la lexicología española con datos de valor indiscutible, ha publicado últimamente, por la casa Garnier, un interesantísimo volumen con el título *Legaajo de varios*, en que se comprenden numerosos estudios, relacionados, más que por el tema, por el subido mérito de un interés común.

Contiene él un curioso trabajo sobre Cairasco de Figueroa y el empleo del verso esdrújulo en el siglo XVI, un artículo relativo á *Voces nuevas en la lengua castellana* del reputado filólogo venezolano Rivodó, y revistas literarias, cuentos y escritos varios, suficientes á demostrar la competencia de su estimado autor en las múltiples materias de que trata su libro.

Sobresalen en él por sus curiosas observaciones el estudio que el señor Zerolo dedica al examen del verso esdrújulo, y el que escribe á propósito de *Voces nuevas* de Rivodó. En ambos, y en medio de un lenguaje sobrio y sencillo, hay expresados en formas puras rasgos de verdadera originalidad, reveladores de un espíritu sagaz y estudioso, y que constituyen cumplida justificación de la nombradía de que goza su autor como escritor correcto y ameno.

En el primero de esos trabajos, el señor Zerolo llega, con copia de datos, á la conclusión de que se ha padecido un error grave al atribuir á Cairasco de Figueroa la introducción del verso esdrújulo en la rítmica castellana; y después de comprobarlo con pasos tomados de obras de Cervantes, Garcilaso de la Vega, Hurtado de Mendoza, Gutierre de Cetina, Jorge de Montemayor, Gil Polo, fray Luis de León, Barahona de Soto y González de Bobadilla, concluye con estas observaciones, notables por su profunda verdad:

«No deja de llamar la atención cómo habiendo sido empleado el verso esdrújulo por

principios de la truca del siglo XVI, mucho antes que por Carrasco, se ha perpetrado hasta hoy el error de creerlo invención suya. Sospecho que en esto se ha producido un fenómeno que á cada rato observamos alrededor nuestro. Para pasar por honrado, sabio ó escritor eximio, no basta serlo; es necesario que se pregone, que se diga á todos los vientos. Tener esas cualidades nada importa; ya puede el honrado ser un modelo de vida ejemplarísima, el sabio hacer descubrimientos asombrosos y el escritor lanzar á la prensa docenas de obras maestras; ninguno conseguira, si acaso lo busca, que aclamen su nombre las trompetas de la fama, si antes no se ha propuesto alguién, ó él mismo, señalar hábilmente tales portentos. Y á veces, quizá las más, no es precisamente necesario ser honrado, sabio ó escritor conspícuo para pasar por tal. Lo que importa es que se diga, que se repita, pues poco á poco lo va escarciendo la fama; y hasta llegará el caso de que el mismo agraciado se considere un grande hombre, olvidándose de los empujones que recibió para llegar al pináculo de la gloria: igual que sucede á los mendosos, que con frecuencia son las primeras víctimas de sus mismas mentiras.»

En el excelente estudio que el señor Zerolo escribe á propósito de *Voces nuevas* de Rivodó, sostiene la importancia del asunto, que no es baladí, sino de los más graves que pueden preocupar á un pueblo, y la necesidad de enriquecer la lengua de Castilla con voces procedentes de Hispano América; conclusiones tan verdaderas é indiscutibles, que cuesta realmente creer cómo haya quien se atreva á sostener lo contrario.

Escritores que como el señor Zerolo están convencidos de lo que importa á cuantos nos expresamos en la hermosa lengua castellana el enriquecimiento del habla común; que con desinterés reconocen lo mucho que aquélla debe á la inteligencia y labor de los americanos, y que con sincero patriotismo señalan los méritos y defectos de la obra de sus compatriotas, son los que verdaderamente contribuyen al progreso de una lengua empobrecida y esquilma por ciertos Aristarcos que, debien lo ser los más interesados en su futura suerte, son con su actitud los primeros á escarnecerla y deshonrarla.

El libro del señor Zerolo, para valerme de sus propias palabras, no viene á llenar ningún vacío. Pero es muy merecedor de aplauso incondicional, por la manera como su autor ha sabido unir lo útil á lo agradable; y ese aplauso se lo tributamos sinceramente.

#### EJERCICIOS DE LENGUA CASTELLANA, POR CARLOS GAGINI

El autor del *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* y Director del Liceo de la capital costarricense, ha publicado un nuevo libro sobre gramática, que viene á confirmar la alta opinión que tenemos formada de su laboriosidad y competencia.

Intitúlase la obra *Ejercicios de lengua castellana*, y está destinada á servir de texto para los años tercero á sexto de las escuelas primarias oficiales de aquel país, y á iniciar

á los niños en el idioma, adiestrándolos en el empleo de terminaciones y prefijos, en la formación de familias de palabras, en el uso de parónimos y sinónimos y en los principios del lenguaje figurado.

Todos los esfuerzos del señor Gagini conspiran á un mismo fin: al de hacer del aprendizaje de la gramática un estudio atractivo y ameno, convencido de que nada ha perjudicado tanto su generalización y dificultado su aprovechamiento, como el afán de someterlo todo á preceptos y á reglas, que se olvidan cuando llega el caso de su aplicación; como si ese estudio pudiera ser contrario á la naturaleza, en la cual lo concreto ha precedido siempre á lo abstracto.

Quizás exagera el laborioso autor costarricense cuando, contrariando una opinión respetable, asevera que no importa gran cosa que los niños no sepan definir con propiedad las partes del discurso. Pero lo indudable, lo indiscutible es que no se aprende á hablar con teorías, sino estudiando el mecanismo de la lengua, la derivación y composición de las voces, su acertado empleo, las locuciones y modismos, en una palabra, los innumerables tesoros que encierra. Lo indudable, lo indiscutible es que la gramática debe ser otra cosa que un desahogado conjunto de abstractas definiciones, doctrinas contradictorias y fruslerías escolásticas, que nada enseñan y que para nada sirven, como no sea para hacer intolerables por su aridez estudios interesantes y agradables de suyo. Lo indudable, lo indiscutible es que hay urgencia en conciliar la gramática con la razón, aunque esto hiera y disguste á los latinizantes, á quienes el sabio Bello satirizaba sutilmente comparándolos al *pintor de hogaño*, «que por parecerse á los antiguos maestros ponía golilla y ropilla á los personajes que retrataba.»

Por nuestra parte, felicitamos muy deveras al competente filólogo por su nueva obra.

#### CUADROS ANTIGUOS, POR MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Á mediados de este siglo, allá por el año cuarenta y seis, presentábase á examen de latín en el Instituto Nacional de Santiago de Chile un joven que apenas contaba á la sazón dieciocho años; y tan fehaciente prueba dió de sus condiciones intelectuales, que arrancó al eminente sabio que el acto presidía, estas fervientes palabras: «El joven que tan lucida muestra acaba de dar de su competencia, se halla en aptitud de ser uno de los más distinguidos profesores de nuestra patria y está destinado á ser más tarde una de las más brillantes glorias de nuestra literatura.» Ese sabio eminente era Bello, y Miguel Luis Amunátegui el joven que tan excepcional honra merecía.

Los hechos demostraron después no ser exagerado, sino incompleto el vaticinio. Amunátegui estaba destinado, con efecto, no sólo á sobresalir en el profesorado y la literatura: había de ilustrar también con sus trabajos y sus actos la historia y la política del país.

El y su hermano Gregorio Víctor, «con quien compartió los azares de la vida y las glorias de las letras,» como exactamente lo

dice el conocido y meritorio publicista Pedro Pablo Figueroa, fueron dos miembros descontentos de una generación que es timbre de honor para Chile por sus esfuerzos en pro del movimiento liberal iniciado en 1842, por sus sacrificios en aras de la patria, por sus luchas por la regeneración de las ideas, por sus continuados afanes á favor de la causa del honor y del bien; porque Miguel Luis Amunátegui —para citar un solo ejemplo—no sólo fué una de las inteligencias más perspicuas de Chile, no sólo honró los puestos públicos con su talento: fué un corazón generoso, sincero, desinteresado y leal.

Como publicista, la historia americana debe á su fecunda pluma *La Reconquista Española*, *Los tres primeros años de la Revolución de Chile*, *Discusión de los títulos del Gobierno de Chile á las tierras del Estrecho de Magallanes*, *La Dictadura de O' Higgins*, *Descubrimiento y Conquista de Chile*, *La cuestión de límites entre Chile y Bolivia*, *Los precursoros de la Independencia*, *La Crónica de 1810* y muchas obras más que son hoy conocidas en todo el Continente. Literato y escritor, colaboró en *La Revista de Santiago*, *la Revista del Pacífico*, *La Semana*, *el Correo del Domingo*, *El Ferracarril*, *El Mercurio*, *La Lectura*, *El Progreso*, *La Revista de Artes y Letras*, *La Libertad Electoral* y los *Anales de la Universidad de Chile*; fundó *El Independiente*, *La República* y *La Revista Chilena*, esta última notable publicación conjuntamente con su ilustre colega Barros Arana; y es autor de *Biografías de Americanos*, *De la instrucción en Chile*, *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos*, *Vida de don Andrés Bello*, *Apuntamientos sobre el lenguaje*, *Acentuaciones viciosas* y muchos libros más que ponen de manifiesto la amplia y variada cultura de su espíritu. Y como ciudadano, desde 1847 hasta su muerte, acaecida en 1888, fué catedrático de humanidades del Instituto Nacional, representante del pueblo en 1863, Vice-Presidente de la Cámara de Diputados el 67, Ministro de Estado el 68, Consejero de Estado el 74, candidato á la Presidencia de la República el 75. . . . En la prensa, en la tribuna, en la cátedra, se distinguió siempre por su moderación, inteligencia y carácter. Fué un incansable propagandista, un benefactor convencido, un varón de virtudes que rechazó, en las solemnes horas de la muerte, consuelos que, temerosos, reciben la generalidad de los hombres.

El Gobierno de Chile, apreciador justiciero de los méritos relevantes que adornaban á este escritor ilustre, acaba de rendir homenaje á su memoria ordenando la publicación de *Cuadros antiguos*, colección de artículos relativos á episodios y anécdotas de la época colonial, variados por el tema, descarnados en la forma, pero siempre interesantes, instructivos y amenos.

Son entre ellos los más sobresalientes los intitulados: *El infierno del Masaya*, que nos pinta al propio tiempo que la codicia, la credulidad de aquellos que venían á las Indias en busca del país de Eldorado, engañados por las visiones del deseo; *El naufragio de Punta Galera*, *Una carta que veta y hablaba*, *Las expediciones de Mendaña*, *Dulces guerras*

de amor y dulces paces y *A público agraviado, pública venganza*, verdaderamente notables por sus descripciones; *También delante de la cruz el diablo*, en que se refiere la historia de un hijo de la floresta — arrancado al desierto y á la barbarie — que se da la muerte, por no vivir nostálgico suspirando por su tierra y por su libertad; *Los vascogados y los criollos en la villa imperial de Potosí*, que nos ha traído á la mente el curiosísimo cuento *Palos de Moguer*, de Hartzbusch; *El retrato de Cristóbal Colón*, en que las particularidades más insignificantes del héroe del océano cobran especialísimo interés, y *Solo*, en que se ve al dios adorado por los magos dignarse renacer en una isla desconocida, dentro de una cuna de algodón, formada con los girones de una camisa vieja.

No podríamos decir si hay en ello algo de la influencia indiscutible que ejercen el talento y la virtud; pero el hecho es que no podemos leer á Miguel Luis Amunátegui sin sentirnos subyugados por la magia de su erudición asombrosa, por el prestigio de su palabra siempre reposada y serena, por la claridad y nitidez de sus pensamientos hasta por el raro mérito de su estilo original, que se impone sin voces altisonantes ni frases de relumbrón, autos bien por la fuerza de esa naturalidad, severidad y sencillez que parecen cualidades inseparables de los numerosos obras de su poderoso espíritu.

¿Que el libro tiene defectos?

Ni nos sentimos impulsados á notarlos, ni sería justo que lo hiciéramos cuando en estas líneas sólo hemos hecho mérito de algunas de las muchas bellezas que encierra. Ni estaría casi justificada su enumeración en quien ha tenido ocasión de decir, en carta particular dirigida á uno de los suyos: Soy, señor, un rezagado discípulo de Bello y un entusiasta admirador de los Amunáteguis. Me siento orgulloso — se lo declaro con ingenuidad — cuando considero que esos hombres pertenecen á Venezuela y Chile. En tonces para mí no hay mas barreras que las que nos separan de la orgullosa Europa, y siento palpitar en mi pecho un corazón americano!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

## El primer cadáver

### RECUERDO

¡ Dulce y hermoso día! La mañana  
Radiante de espiendor,  
Era como la inmensa y soberana  
Mirada del Criador.

Sobre el verde parral el sol quebraba  
Del caloroso rayo la virtud,  
Y las viejas paredes festonaba  
De sombras y de luz.

Del musgoso tejado en la cubrera  
Cien golondrinas en feliz montón  
Por momentos alaban su parlara  
Monótona canción.

Y yo, con mis hermanos inocentes,

Dichosos de niñez,  
Bajo el parral jugábamos plácidos,  
¡ Ya no recuerdo á qué!

Un profundo gemir llegó á mi oído,  
Y de mi madre, al conocer la voz,  
Á la sala corrí sobrecoigido  
Do instantáneo temor.

Circundada de luces y de flores,  
Vestida de albo tul,  
Los infantiles labios sin colores,  
De las manitas el extremo azul,  
Inmóvil cual los ángeles hermosos  
Que adornan el altar,  
Entreabiertos los párpados sedosos,  
Blanca como azahar,  
De mis hermanos la menor veía,  
Y á mi madre, transida de dolor,  
Que de llanto y de besos la cubría  
Con angustiado amor.

¿Qué tiene? preguntéle; está durmiendo?

— Ya no despertará,  
Responsiónme, la pena conteniendo,  
Y volvió sin consuelo á sollozar.

Al rostro de mi hermana el labio mío  
Entonces acerqué,  
Y fué tal la impresión de intenso frío,  
Que nunca la olvidé.

Era la tarde; estaba el cementerio  
Sin un solo arrebol,  
Apenas alumbrándolo en misterio  
El tenue rayo del muriente sol.

¡Qué triste, y solitario y silencioso!  
Á los últimos lampos de la luz  
Un bulo despertaba pavoroso  
Sobre elevada cruz.

No matizaba el yuyo polvoriento  
La más sencilla flor,  
Ni traía al oído el fuerte viento  
La nota de algún pájaro cantor.

Abrióse ante mis ojos de repente  
Un nicho sepulcral,  
Que esparció repugnante en el ambiente  
Su atmósfera mortal.

Miré á mi hermana que á mis pies yacía  
En su tumba de rosas y jazmin.  
Y parecíame que aun se sonreía  
Con encanto infantil;  
Cuando un viejo ceñudo y polvoriento  
Cerró la caja, la clavó cruel  
Y con rápido y brusco movimiento  
La encerró en la pared.

Oí un suspiro de mi padre anado,  
Lo miré con temor,  
Y vi su rostro pálido, inundado  
De llanto y de dolor.

Entonces comprendí por vez primera  
Lo que en el mundo llamase morir,  
Y en mi alma de niño placentera  
La angustia conocí.

RAMÓN DE SANTIAGO.

## DE TAX

### UNA VISITA Á LA "REVISTA NACIONAL"

Mientras la amistosa tarjeta del Dr. Pérez Petit yacía sobre el escritorio del destinatario, esperando su vuelta de la Florida, Tax miraba la creciente del Santa Lucia chico, en el paso del bote, donde figura la caizada de piedra, única obra municipal de lujo que luce la ciudad de la Florida para conducir á los Terra, á los Vaz, los Vignoli, los Urioste, á sus posesiones pintorescas y extensas, de rico trébol.

En esos días, la altura de tres metros de agua y la rápida corriente suspenden el curso de los coches.

Son esos días los que ambiciona el botero: en la época de bajante, el bote pintado de blanco y celeste yace en la barrauca de un islote, quilla arriba, inútil, como paraguas en día de sol. Los colores son un *reclame* del pacífico botero, bien enemigo de la guerra porque el vado es gratis para las frecuentes comisiones del Ejército: el pasajero *colorado* da buena propina, recordándole el botero que los colores del bote son los de la pobre patria martirizada; á los viadores, — como reza el sepulcro de un presbítero, — que son *blancos* el botero les arranca mejor recompensa porque les dice: « he aquí los colores de Lamas y Saraiva. »

El servicio del bote es bien limitado; sólo alcanza á los vecinos á quienes espera el peón con los caballos del otro lado del paso.

De invierno en invierno, la caizada cubierta por el torrente, atrae como tolo abismos y mueve sus dentaduras para tragarse á algún impaciente que en bajante ha saltado en las ruedas de su vehículo y en los vasos de sus caballos la acción de los molinos y colmillos de piedra con que ha sido construída la calzada.

Un episodio sorprendente se produjo en el paso del bote

El mercachifle que estaba acampado en el monte se lanzó á nado con sus mulas prendidas al carro y al caer al cauce, el molino le volcó, le arrolló, pereciendo las mulas, y salvándose el napolitano, no por prodigio de natación, sino por protección de las ramas trémulas de los molles que, de trecho en trecho, le facilitaron el poder surgir, sin sombrero, á la orilla, chorreando como un lobo que trepa la barrauca de arena.

Las mulas sujetas al pesado carro aparecieron flotando entre ramas, rodeadas de espuma en una vuelta del arroyo, y a poco, el carrero repuesto de la sorpresa, ayudado por paisanos curiosos, infantiles de cuchillo, y de pobres ropas, salvaron el convoy, extrajeron los cueros de las mulas, dejando los cuerpos hinchados en la orilla del paso expuestos como en fantástica  *morgue* de nobles brutos.

Este tristísimo panorama como derivación del retardo de progreso, bien imitable en el Departamento de « La Piedra Alta », donde tanto himno nacional se ha tocado, donde tanto banquete se ha realizado, sin éxito de intención ni obra práctica, ofrecía en con

traste las bellezas de la naturaleza: el cielo altísimo con ligeros grupos nevados; las colinas perdiendo su onda en el bosque espesas, de terciopelo capitonado con flor de macachines; las baudadas de patos negros con picos rojos y patas amarillas, haciendo estaciones de creciente en creciente, de Santa Lucía chico a Linderos, de Linderos al Pintado, cruzaban sobre la inconclusa Iglesia, cuyas torres sin revocar en forma de cajas de hierro parece que guardan el tesoro de amor y esperanza de la mujer floridense; las palomas grandes con las alas de pizarra que al volar producen sonidos como de aplausos a la vida, apiñadas en los sauces secos y expresando con el mismo rumor de su encono el sensual anhelo de sus picos: los *martin-pescadores*, mortificados y chillones al verse privados de la transparencia de las aguas y de la mansa corriente que es como la *promenade* de las mojarras.

Todo era bello; y mirando hacia el frondoso bosque, á cuyo través blanquea la estancia de Atanasio Sierra, una fila de carpitas militares, con fogones intermedios, la cuchilla cercana donde se destacan varios soldados de poncho y mauser cuidando una parte de la caballería de la División Florida, aumentaban el interés de aquella mañana luminosa, bella y triste y de melancólica impresión producida por la procesión de las corrientes del paso del bote, entorpecidas por los troncos y por la carencia de un buen puente que sombreara las aguas é inutilizara sus peligros.

Tales impresiones, querido doctor, son la contestación de *Tax* á su amable recuerdo, aunque mal momento de visitar á «La Revista» es éste, cuando Valbuena con su laboratorio químico se esfuerza por encontrar microbios en la sangre de nuestra literatura.

La colaboración de *Tax*, aunque puede ofrecer, como ninguna otra local, la más severa censura, está fuera de la crítica ritual, precisamente porque sus conceptos y sus paradojas no están sujetos á regla de arte, sino á espontaneidades de la forma.

¿No permitira Vd. que sienta *Tax* una paradoja para conclusión de esta su visita á su distinguida y honrosa hoja literaria, que es arena de campeones que esgrimen con sabiduría y elegancia sus armas, que son el propio criterio, y dirigen á la alta escuela sus caballos, que son sus lecturas y sus reventivas?

La falta de puente amplio, hermoso, elegante, sobre el arroyo de la Florida, es porque nuestro país carece de hombres de Estado perfectos, ó parece que carece de ellos.

Un hombre de Estado perfecto hubiera comprendido que los paisanos tienen razón cuando piden que les construyan puentes.

La paradoja que resulta de esta exposición va á confundirse probablemente con una peroztrullada.

Saltando por encima de demostraciones sobreentendidas, la paradoja es esta: «El hombre de Estado debe empezar por vestir y calzar á sus pueblos; y después procurarle las múltiples felicidades derivadas del arte de gobernar con permanente anhelo de hacer el bien.»

El hombre de Estado en el poder tiene obligaciones fundamentales, sencillas, al alcance del vecino sensato que come, trabaja y duerme y que por extensión está comprendido en lo que se llama humanidad inteligente y libre.

Los pueblos que no tienen empedrados, veredas, caminos y puentes son como niños que no crecen y caminan con los pies descalzos.

La misma sencilla obligación que tiene una madre de vestir á su prole, tiene el hombre de Estado para con sus pueblos.

Demuestre el hombre de Estado su afecto, su preocupación de servir á los pueblos llenando sus primeras necesidades, y después pondrá en ejercicio las superiores y excepcionales facultades de gobernar que por orden y turno deben ejercitarse en el Poder.

Antes se decía que los alambrados habían concluido con las revoluciones.

Hoy, que vemos los alambrados echados abajo, podemos decir: mientras no tengamos puentes y caminos habrá centauros, águilas, halcones que en honor de sus ideas y ambicionando reconquista de libertad ó de posiciones, mantendrán en jaque á la autoridad, en encierro la industria, en fuga el crédito nacional.

La privación de las primeras necesidades de los pueblos, hace imposible el ejercicio de facultades de hombres de Estado, porque sólo en la paz la ciencia del estadista produce sus frutos.

¿Será absurdo iniciar la construcción de un puente en la Florida, como blasón de conducta para las administraciones públicas, en cuanto éstas puedan proceder?

Las impacencias de la vocación militar de Lamas han encontrado una *aberturita* en la administración de Idiarte Borda, por donde Lamas ha querido penetrar, á diferencia del tábano que escapa por microscópico agujero de la semilla del molle.

En la guerra civil no cabe la *suerte de las armas*, porque cualquiera que sea el vencedor no puede imponer indemnización de guerra; cualquiera que caiga en el combate, rasga la carne de su patria, pierde la sangre de su primer afecto.

Al final de la visita, es justo repetir la oración que está en todos los labios: Que cese la guerra!... Que Dios bendiga la tierra uruguaya y la salve por camino de patriotas!...

TERCERO EUGENIO DIAZ  
(TAX.)

## APUNTES

Á la Redacción de la REVISTA NACIONAL.

Los hombres honrados y virtuosos, á quienes mi abuelo llama de *manos limpias* y de *uñas cortas*, son, en muchas mal llamadas democracias, como las calandrias blancas,—que, desconocidas y perseguidas por sus compañeras, entonan sus gorjeos en el bosque solitario. Pero con una diferencia: las calandrias blancas pueden trinar en la soledad de la espesura; los hombres honra-

dos no hallan, en esas sociedades, un bosque bastante discreto para cantar á solas las amarguras del aislamiento.

Las palabras hirientes, en boca del sabio, son insultos; en labios del necio son halagos.

Los enamorados jóvenes, en sus horas de amargura, buscan una hada rosada que cariñosa les ayude: la mayoría, al poco tiempo de casados, cuando huyen las ilusiones y surge la realidad, busca de nuevo al hada cariñosa que consuele...

Las controversias tranquilas y sensatas, con personas doctas, instruyen y educan el carácter.

Los criticastros, en sus elucubraciones furibundas, olvidan que el criticado puede usar el látigo de la verdadera crítica.

Los súbditos del Grande Asesino, y sus grandes y civilizados coadjutores, han fatigado al pueblo que osó rebelarse contra sus imbéciles maquinaciones diplomáticas,—encerrándole entre sinnúmero de bayonetas liberticidas: nuevas *dragonadas* que, si no hallan un Bossuet que las ensalce, encuentran un Gladstone que las maldiga.

Si un jugador gana, ¡cuánto dinero para festejar la diosa Corrupción! Si pierde, ¡cuántos sufrimientos y cuantas lágrimas ocultas!

Los beneficios de la paz, como los de la salud, se conocen cuando se pierden: sin embargo, cuando los disfrutamos, no tratamos de hacerlos duraderos.

Las democracias nuevas son como los jóvenes: sueñan en muchas conquistas y realizan poco... cuando realizan!

Las salas aristocráticas se parecen mucho á las orquídeas: éstas precisan el calor de la estufa; aquéllas mueren sin el calor de las vanidades humanas.

Los pueblos ñevos son como los niños: se divierten haciendo travesuras. Pero con una diferencia: las travesuras de los chicos son de poca valía y fáciles de ordenar; las de los pueblos son trascendentales y sin compostura.

En las democracias nuevas, todo quídam aspira al supremo poder: ¡imbécil! Olvida la diferencia entre el talento y la ineptitud, los vicios y las virtudes!

Jesús decía: *Mi reino no es de este mundo*. El cura dice: Fieles amados, en el reino de Jesús...

Tengo muchos amigos, dice el pedante ricacho.

¡Quién fuera Voltaire para preguntarle:  
¿Y cuántos adulones?

La marcha de algunas democracias, á la conquista definitiva del progreso, es como el andar del cangrejo; para dos pasos que avanzan, retroceden cuatro.

¿Os repugna la pena de muerte?... Separad los bandidos de los justos!

Decid á un tonto que el número trece no es fatídico, y se reirá en vuestra cara; decid al mismo que la literatura es necesaria, y ... se reirá también!

El amor, en muchos hombres, no es más que el instinto de la especie cubierto con el manto azul del idealismo; el amor sensual, escondido en el amor-sentimiento: la mueca de Schopenhauer y la sonrisa de Platón!

« El hombre ha nacido libre, y en todas partes yace en cadenas. »

¡Qué diría Rousseau, si en las llamadas democracias tuviera que gritar lo mismo!

Comparad las últimas palabras de Napoleón—genio de la guerra—con las de Nelson—genio de la marina,—y sabréis quién fué más grande: aquél exclama *ejército*,—que humilla! ¡éste dice *deber*,—que dignifica!

Ser ciudadano; mucha audacia y muchos vicios; poca vergüenza y pocas virtudes: he ahí lo preciso para gobernar una democracia-autocracia.

José L. GOMENSORO.

## MINUGIAS

### Absolución

Podrán desvanecerse tus agravios,  
que rinden á mi alma con su peso,  
cuando, perdidos todos tus resabios,  
el himno del amor vibre en tus labios  
y estalle con la música del beso.

### Apariencias

No te asombres de ver á tantas gentes,  
con almas deletéreas cual veneno,  
hacer gala de lujos insolentes;  
porque en la sociedad, como en el cieno,  
también existen charcas transparentes.

### Paradojas

De un hombre, en cosas del vivir muy ducho,  
son estos apotegmas inmorales:  
cuando todos te alaban, poco vales;  
cuando muchos te injurian, vales mucho.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL

## LAS DOS TEMPESTADES

Tendiendo sobre el mundo adormecido  
El manto de sus negros nubarrones,  
Como gigante fuercario velo,  
Rápida avanza tempestad bravía,  
Al rumor de los sueltos aquilones,  
Por la callada soledad del cielo.

En sus lóbregos antros sorprendidos,  
La tierra estremecida  
Poblaron ya los genios del estrago;  
Y, por las alas del turbión mecida,  
Alza la mar sus espumantes olas,  
Que antes con dulce placidez rodaban  
Como las ondas de sereno lago  
Sobre las rocas de la playa solas.

Hondo clamor, estrepitoso y rudo,  
En cien lenguas ignotas repetido,  
Desde la tierra hasta los astros sube,  
Mientras en roja claridad teñido  
Salta el rayo veloz de nube en nube  
Por satánico genio conducido...

¡Solemne tempestad, numen severo  
Que, al agitar tus poderosas alas,  
Gigantes y sombrías,  
Del ronco trueno al retemblar profundo,  
To ciernes sobre el mundo  
Como un eterno trágico Isaias—  
Titán de los espacios, torvo y fiero!—  
Como tú airada, como tú rugiente,  
Hay otra tempestad bajo mi frente,  
Hay otro numen como tú, severo!

Allí también, entre el rumor continuo]  
De furiosos y roncacos aquilones,  
Van las ideas rápidas pasando  
En desatado raudito torbellino,  
Y, cual las olas de la mar, rodando.

Allí también, como en la tierra oscura,  
Hay espantosos antros sin medida,  
Donde la mente á su pesar se asoma,  
Lúgubres antros on que el alma herida  
El sacro templo de su fo desploma,  
Y donde el negro descreimiento anida!

Allí también, como en la parda nube,  
Suele brillar con rápidos fulgores  
De la esperanza el rayo fugitivo,  
Cuando el amor, con vívidos colores,  
Pinta en el alma el mágico querube  
Que brinda á veces engañosas flores  
Al que en sus redes sugotó cautivo...

¡Oh de la mente borrascoso velo  
Que en vano el hombre descorrer ansía,  
Del pensamiento en el brumoso cielo,  
Cuando la ciencia, oscrutadora y fría,  
En la infinita lobreguez arcana  
Hunde los ojos con profundo anhelo!

¿Por qué de ti—como la azul esfera  
En pos de larga tempestad bravía—  
Libre ya, el sol de la verdad no impera?  
¿No lucirá jamás esa alborada  
De eterna luz, por el talento humano  
Con tanto empeño sin cesar buscada?

Esa atrevida ciencia que, en su vuelo,  
Como el titán de la leyenda griega,  
Hasta sus rayos arrebató al cielo,  
¿No llegará por fin—aunque en lejana  
Fecha—del hombre y su fatal destino  
La oculta clave á descifrar, mañana?...

¡Solemne tempestad, numen severo  
Que, al agitar tus poderosas alas,  
Gigantes y sombrías,  
Del ronco trueno al retemblar profundo,  
To ciernes sobre el mundo  
Como un eterno trágico Isaias—  
Titán de los espacios, torvo y fiero!—  
Como tú airada, como tú rugiente,  
Hay otra tempestad bajo mi frente,  
Hay otro numen como tú, severo!

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

Buenos Aires.

## LA ÚLTIMA ETAPA

### BOCETO

Recorría ya la última etapa del camino.  
Hacia muchos días que no abandonaba el lecho; parecía que las garras de la muerte retenían allí su presa para hacer más fácil el desenlace inevitable, y eran ya inútiles las llamadas desesperadas que hacía á la energía que hasta entonces había alentado ilusiones forjadas en el delirio, y alimentadas por una pasión sedienta siempre de expansiones y jamás saciada.

Sus grandes ojos negros escondidos en las órbitas profundas, parecían brillantes focos que se destacaban en la epidermis amarillenta de aquella cara, de pómulos angulosos, de nariz afilada y labios finos y descoloridos, que se encuadraba en una cabellera negra y naturalmente ondulada.

El organismo extenuado—consumido por la fiebre que destruía lentamente las fibras, operando una disección en vida de aquel cuerpo que lucía otrora morbideces lujuriantes,—parecía hacer esfuerzos sobrehumanos para contener un resto de vitalidad que animara el espíritu, ávido de la vida que pugnaba por escapar de la envoltura material.

Aquella mujer que concluía la jornada en el comienzo de la vida, había sido hermosa; pues lo acusaban así—á pesar de la obra destructora del mal que la consumía—la pureza de líneas de su cara, sus ojos negrísimo sombreados por largas pestañas, y su boca de labios delgados y siempre entreabiertos, como si quisieran lucir permanentemente las dos hileras de dientes blanquísimos, parejos y chiquitos.

Allí, incrustado el cuerpo en blandos almohadones, como si fueran apoyo indispensable para mantener unida la descarnada armazón, se hacía ataviar coquetamente, peinando cada día su hermosa cabeza, y cubriendo su escualido cuerpo con lujosas batas que escondían entre sus pliegues y puntillas el busto enjuto y encovado; el hermoso busto que despertaba en otros tiempos deseos insaciables!

El lujo y refinada coquetería del dormitorio ahajado con ricos muebles y colgaduras costosas, de tintes alegres, adornado con cuadros alegóricos grabados al agua fuerte, y con una riquísima alfombra de un solo color, armónico con el tapiz rosa de las paredes,— toda esa coquetería que hacía de aquella habitación un nido lujoso y poé-

tico destinado á vivienda de pareja enamorada,—formaba un marcado y extraño contraste con aquella mujer casi moribunda, que parecía querer ocultar á todos los ojos el derrumbe prematuro de su belleza.

Era la última etapa! . . . Allá, á lo lejos, había quedado la humilde casa paterna, sin alegría y sin calor; y los viejos padres, después de agotar el manantial de lágrimas que brotó de sus marchitos ojos al ver la ternura olvidada y el cariño burlado por la hija querida hasta la idolatría,— habían sellado sus labios á toda queja contra el miserable destino; habían olvidado las lamentaciones y los reproches, y se consumían en dolor silencioso, pasando horas enteras con los ojos fijos en el camino que conducía á la ciudad, confiados en que ella aun volvería.

Y al terminar cada día, cuando la campana de la capilla con sus tristísimos eccs pedía la oración por todos, se arrodillaban pensosamente uno junto á otro los dos viejecitos, y oraban . . . oraban pidiendo al Dios de bondades y miserias que les devolviese la joya perdida!

Entre tanto ella seguía su camino; enloquecida en el torbellino de una vida que se le presentaba con facies desconocidas, que mantenía en ebullición su sangre, que le hacía gozar cada día nuevos placeres- voluptuosos éxtasis del vicio—que habían concluido por embotar sus sentimientos, que corrompían su espíritu, y destruían con rapidez los encantos de su cuerpo, aquellos encantos que tan espléndidamente satisfacían los apetitos del hombre que, si la rodeaba de magnificencia, era para embriagarla más y más y mantener siempre activo el veneno que producía el deseado deleite.

Pronto llegó al final.

En la engañosa red finamente tejida y espléndidamente adornada fueron quedando los girones de su pudor junto con los encantos de su carne; pero ella continúa siempre apasionada y fiel á su verdugo, como si tuviera embelesos secretos el grillete con que él la había asegurado á sus concupiscencias.

Resignada con el fin inmediato, fríamente entrevistado, concluía su vida ofreciendo al que fué amo de su cuerpo, el último aliento, que él tenía la *caridad* de ir á recoger cada tarde. ¡Rara constancia que parecía indicar que aquella mujer era el florón predilecto de su vida de libertino! Para él se engalanaba siempre, á pesar de que una racha helada invadía ya el nido. Era que había concentrado en aquella miserable limosna de cada día toda su avaricia; el fango recogido en la charca se había adherido á las alas, y la torcaz criada con mimo en el alero paterno no podía alzar el vuelo!

Una de esas tardes, llegó él mal humorado. Una mala jugada, alguna conquista malograda, una hora de hastío, ó cualquier otra causa sin más proyección que el vicio mismo, habría modificado aquel día su estudiada y paciente conmiseración para con aquella infeliz.

Ella balbució un tímido reproche, que fué contestado de mala gana, y aquel primer síntoma de desvío, tal vez inconsciente, la aterró y produjo el derrumbe de aquel or-

ganismo extenuado. Creyó próximo el abandono, y el fantasma de la soledad, con toda su corte de tristezas y penas silenciosas, le hizo perder la energía que hasta entouces alimentara su espíritu. Sintió necesidad de llorar, pero hacía mucho tiempo que las lágrimas no humedecían sus ojos; parecían secas las fuentes de que brota ese rocío consolador de las almas buenas.

Extendió sus brazos como si implorara misericordia, y sus ojos suplicantes no encontraron la mirada de fuego que el *primer día* calcinó su inocencia, ni otros brazos formaron con los suyos estrechísima cadena.

Él estaba abstraído, ajeno á lo que á su lado pasaba, sin dar importancia al incidente ocnrrido, indiferente á su desesperación. La pena la ahogó; aquel golpe asestado á la naturaleza agonizante concluyó con su vida enervada, y la laxitud de la última hora invadió su cuerpo, que cayó pesadamente, hundiéndose en los almohadones que lo rodeaban. . . .

Era al llegar la noche.

El crepúsculo de la tarde imponía su tinte melancólico á la naturaleza; el ruido confuso y ensordecedor de la actividad humana que caracteriza al día, iba poco á poco cesando, como si se perdiera á lo lejos, abandonando la ciudad á esa otra actividad misteriosa que busca el silencio y la obscuridad; las sombras invadían lentamente el dormitorio, envolviendo todo en la penumbra . . . Era la hora en que los viejos padres oraban de rodillas, pidiendo al Dios de bondad misericordia para los desgraciados.

JOSÉ LUIS ANTUÑA (hijo)  
(ELZEAR).

## MI URUGUAYA

Para Pedro Cosío.

Es tan alegre como una orquesta,  
Como una aurora, como una fiesta,  
Como un florido rosal de abril,  
Y se confunde su blanca mano  
Con el teclado niveo del piano  
Y con el peine de albo marfil.

¡Ah! si la vieras, es tan bonita!  
Su garbo es garbo de maestra  
Que va escoltada por un dragón,  
Y por la calle de Veinticinco  
Cada pasito que da es un brinco  
Lleno de gracia, de tentación!

Su par de botas tan diminutas,  
Tan charoladas, tan impolutas,  
¡Aprietan lirios ó estrechan pies?  
¡Grave misterio! ¡Cuestión de botas!  
¡Oh! pobres ojos, de tus derrotas  
Esta es la grande, la triste es!

Cuando á la Iglesia se va acercando,  
Los que en el atrio se hallan en bando  
Crean ver todos una visión.  
Pues les parece que es una santa,  
Que es una virgen que se adelanta,  
Y altar le brindan: su corazón!

Nada la enferma, nada la agobia;  
Son sus mejillas rubor de novia  
Bajo de un blanco velo nupcial,  
Porque á su cara muy sonrosada  
Cubre una hermosa tez nacarada  
Con transparencias de luz astral.

Cuando la aurora prende en los cielos  
Sus cortinajes, sus ricos velos,  
Las opulencias del arrebol,  
Graciosa limpia su alegre alcoba  
Y oros en ella barre la escoba,  
Pues sólo en ella se encuentra sol.

Cuando me pone sobre la nuca  
La tibia mano que se acurruca  
Detrás del cuello de mi gabán,  
Su boca ofrenda muchos carmines,  
Cual los claveles que en los jardines  
Derrochan brasas, como un volcán.

Y entre su tibia mano perlina  
Encuentra un nido la golondrina  
Que anida en lo alto de su balcón,  
La que hace siempre por la mañana,  
Rozando el vidrio de la ventana,  
Caer diamantes en profusión.

Más perezosa que regía dama,  
En cuanto cena se hunde en la cama,  
Y sin postigo deja un cristal;  
Que así le llegan rayos de luna  
Y envía en ellos una por una  
Sus ilusiones al mundo astral!

Es primorosa como muy pecas;  
Ante ella sólo besan las bocas,  
Que es una estatua, que es un *biscuit*;  
Pero una estatua que habla armonías,  
Toda belleza, toda alegrías,  
Toda miradas y toda *esprit*.

Mucho la quiero, mucho la estimo,  
Y si en mis versos su nombre rimo  
Tienen perfume primavera,  
Y si su frente de ángel abrazo,  
Sobre su frente semeja el brazo  
Una corona paradisíal!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS.

## OLAS

Para José Purdo.

Esa onda murmurante que despacio  
Desfallece en la arena de la playa  
Y que es tal vez caricia del oceano  
Para esta tierra, su insensible amada;  
Esa onda tan pequeña, ¡fue una ola  
Que allá en los senos de ese mar bramaba!  
Y ya lo ves, ¡qué suave se desliza  
Después de ser una montaña de agua!  
Así es el hombre, mi querido amigo,  
En este mar de la existencia amarga:  
Primero, una ola que amenaza al mundo!  
Después, una onda que en suspiro acaba!

JULIO DAVID ORGUELT.

Buenos Aires.



## EL VALOR

A Carlos Martínez Yrigó.

**Sumario:** I—Por qué valen las cosas. Diversas doctrinas que se han propuesto para explicar el fundamento del valor; la utilidad y el trabajo como fundamento del valor.—II—Cuánto valen las cosas. Soluciones propuestas; la ley de la oferta y la demanda como reguladora de las oscilaciones del valor; influencia de la cantidad; el cambio; poder del cambio.—III—Medidas del valor; noción de la moneda y los precios.

### I

A pesar de sus visiones proféticas, los genios a veces se equivocan. Rousseau, el teórico de las muchedumbres, como le llamara un escritor uruguayo, cometió un gran error, un error *genial*, al asignar al hombre el estado de aislamiento como su estado natural y verdadero. El celebrado «Contrato Social» vivirá eternamente en la memoria de los hombres, merecerá constantemente el respeto y la veneración de todas las generaciones que se sucedan al través de los siglos, no por la exactitud y sensatez de las doctrinas políticas y sociales que se encierran en sus páginas ardientes, sino por haber sido el numen inspirador de la *Revolución Francesa*, que, si fué fecunda en extravíos y desaciertos deplorables, alumbra con sus resplandores inmortales la senda luminosa que recorre la humanidad regenerada.

Sí. El estado de naturaleza, de que nos habla el gran Rousseau, no puede estar más en oposición y desacuerdo con las leyes eternas é inmutables de la naturaleza soberana.

El hombre, movido por impulsos secretos y recónditos, y respondiendo á miras de bienestar y de progreso, huye siempre del aislamiento, que lo enerva y anonada, y busca los beneficios inmensos de la sociedad, que lo levanta y regenera.

En la soledad y el aislamiento el sér humano pierde sus energías y sus alientos para luchar y vencer, mientras que, reunido y asociado á sus semejantes, se engrandece y se agiganta, mereciendo ser llamado con justicia rey soberano de la naturaleza, á cuyo dictado se hace acreedor por sus progresos inauditos y conquistas luminosas.

El hombre, sumido en el aislamiento, aunque sea éste nada más que relativo, no puede, en manera alguna, bastarse á sí mismo; le es absolutamente imposible satisfacer ampliamente las necesidades que siente y los deseos que experimenta.

El hombre reconoce, por propia experiencia dolorosa, que su solo esfuerzo, que su trabajo aislado, es absolutamente insuficiente para atender á sus necesidades, que crecen paralelamente con los adelantos constantes del progreso; reconoce que entregado á sus solos y débiles esfuerzos, poco andaría en el camino escabroso de la civilización, y no podría, por lo tanto, dar satisfacción, amplia y completa,

al deseo, inextinguible y ardiente, de la perfectibilidad, que siempre lo empuja hacia adelante con fuerza incontrastable.

Ante la necesidad imperiosa que siente el hombre de recurrir á su trabajo aislado y á los esfuerzos mancomunados de sus semejantes para satisfacer aquellas necesidades de que hablamos, ¿qué fenómeno económico importante se produce irremisiblemente? Resulta el fenómeno conocido con el nombre de *cambio*, que tan importante papel juega en los dominios de la ciencia de la Economía Política. Por él el hombre recurre á su trabajo propio y al trabajo colectivo de los demás, para la satisfacción de sus crecientes necesidades y deseos. Por él el hombre no tiene necesidad (lo que sería, por otra parte, muy difícil, sino imposible, de ser realizado por el esfuerzo de uno sólo) de hacerlo y trabajarlo todo, pues tiene ante sí la brillante perspectiva de que los demás hombres están prontos á ofrecerle sus productos y servicios en cambio de los que él pueda darles y ofrecerles.

Resulta de todo lo que dejamos ligeramente expuesto, que en el seno de la masa social se produce un fenómeno raro, curioso: se observa un constante y permanente cambio ó trueque de productos, ó, mejor dicho, de servicios, que los miembros de la sociedad están prontos á efectuar ó á dar siempre que reciban como remuneración otro producto ú otro servicio que se considera equivalente al producto que se da ó al servicio que se presta.

Pues bien: de este cambio ó trueque de productos y servicios nace una noción nueva, que se conoce en la ciencia de la Economía Política con el nombre de *valor*, que es el tema que nos proponemos desarrollar en estas líneas.

Si no existiera el cambio, lo que equivale á decir, si el hombre hubiera vivido alejado de sus semejantes, la noción del valor no hubiera aparecido, ó por lo menos su importancia y desarrollo hubieran sido débiles é incompletos. De aquí que en las sociedades antiguas, en que el cambio no revestía los caracteres que hoy reviste en las sociedades contemporáneas, en que la industria y el comercio han adquirido vuelos poderosos, aquella noción fuera poco neta, poco definida, incompleta, casi oscura.

El valor tiene una gran importancia en la Economía Política, pues es considerado como el fundamento y la base de esta ciencia. ¡Grave error es el cometido por aquellos economistas que, por no poder vencer todas las dificultades que su estudio sugiere, han intentado borrar aquella palabra del tecnicismo de la ciencia, como si por matar un vocablo fuera posible hacer desaparecer los hechos que aquel vocablo encarna y representa; hechos que, como dice Block en su notable estudio sobre el tema que desarrollamos, se producen inevitablemente y se imponen de una manera irresistible!

Bastiat, comprendiendo la inmensa importancia del valor, ha dicho que el valor es á la Economía Política lo que la numeración es á la aritmética.

Por nuestra parte, agregaremos: que nadie puede resolver satisfactoriamente una cuestión ó problema económico, sin antes

tener una idea clara y precisa de la significación é importancia del valor; y que en el atrio del templo de la ciencia de la Economía Política debería colocarse esta inscripción: «Que no entre quien no entienda del valor!»

Las cuestiones referentes al valor, con especialidad las que versan sobre sus fundamentos, han suscitado en el campo de la ciencia grandes é interminables controversias. Cada uno de los contendores que han tomado parte en el gran debate, ya sea por obra de vanidad, ya sea movido por la pasión que no deja ver nitidas las cosas, se ha atribuido exclusivamente la victoria, y ha lanzado antes de tiempo, parodiando al gran Arquímedes, el atrevido y entusiasta *eureka!* creyendo encontrarse delante de la verdad desentrañada ó descubierta por sus doctrinas.

Son diversas las teorías que han propuesto los hombres de ciencia para explicar el fundamento del valor.

Tiene gran importancia y trascendencia el adoptar algunas de las teorías ideadas, porque, según sea la que se acepte como buena, se dará ó no razón á las exigencias descabelladas del socialismo y comunismo, que amenazan, con sus errores y extravíos lamentables, con mover los cimientos, al parecer incommovibles, del edificio social. Esto sólo basta para dar una idea de la importancia inmensa del valor.

Sentadas las consideraciones que preceden, y que nos parecían necesarias, vamos á pasar revista á las principales teorías propuestas para explicar el fundamento del valor, tratando de ser breves y concisos en su exposición y examen crítico, é indicando cuál de ellas es la que, en nuestro humilde concepto, debe ser aceptada como la buena doctrina en la materia que nos ocupa.

Comenzaremos nuestro ligero estudio por la escuela de los que profesan las ideas de que la utilidad es el fundamento del valor.

El jefe reconocido de esta escuela es el distinguido economista francés Juan Bautista Say.

El mérito de este economista consiste en haber desechado las absurdas preocupaciones del pasado que atribuían erróneamente al valor el carácter de la materialidad, y haberle asignado una cualidad moral. El mismo Bastiat, que con tanta rudeza y tenacidad refuta las teorías de la escuela capitaneada por Say, le reconoce generosamente aquella indisputable gloria.

Con pocas palabras creemos poder rebatir las ideas de Say.

El valor y la utilidad, aunque puedan encontrarse á veces en armónico concierto, se presentan casi siempre completamente separados.

Con algunos ejemplos aclararemos nuestro pensamiento. El aire y el agua, que tienen una inmensa utilidad, pues sirven para satisfacer necesidades imperiosas de la vida, carecen absolutamente de valor. El pan, que es de gran utilidad al hombre, tiene un valor muy limitado. Por el contrario, el diamante, que carece de utilidad, pues no tiene otra misión que la muy pobre de satisfacer las exigencias de la vanidad y orgullo humanos, tiene un valor inmenso, ili-

mitado.

La utilidad, por lo tanto, no puede por sí sola bastar para explicar el fundamento del valor.

Examinemos, ahora, la escuela que afirma que en el trabajo es donde debe necesariamente buscarse la razón del valor de las cosas y productos que el hombre aprovecha y beneficia.

Esta escuela, encabezada por Smith, padre reconocido de la Economía Política, es la llamada escuela inglesa, que siempre ha estado en pugna con la escuela francesa, que, como hemos visto anteriormente, busca en la utilidad la explicación y el fundamento del valor.

Sin duda alguna que el trabajo es un elemento de gran importancia para determinar las oscilaciones del valor, pero no satisface por completo á los que buscan una doctrina general que pueda tener su aplicación á todos ó á la inmensa mayoría de los casos que ocurren en la práctica.

Bastiat cita el caso de una persona que, paseando por las orillas de un río, encuentra por casualidad, sin trabajo alguno, un precioso y espléndido diamante. Esta piedra preciosa, para cuyo encuentro no se empleó esfuerzo humano alguno, representa para los hombres un valor elevadísimo, casi fabuloso. Con este solo ejemplo, creemos queda victoriosamente refutada la teoría del trabajo.

He aquí dos ejemplos más citados por un escritor para refutar esta doctrina: El alfiler, que requiere dieciocho operaciones para su confección, y que debe pasar por un número igual de operarios, cada uno de los cuales es especialista en las modificaciones que va sufriendo, tiene un valor sumamente insignificante. La vida de un hombre no bastaría para hacer un reloj bien hecho, es decir, para ejecutar precisamente las 102 operaciones indispensables para confeccionarlo, entendiéndose que no tuviera consigo útil alguno que lo ayudase en su trabajo.

El valor del reloj hecho en estas condiciones no estaría nunca en proporción con el inmenso trabajo que su confección representa.

Teniendo en cuenta lo que hemos dicho sobre esta doctrina, podemos deducir la siguiente conclusión: aunque el trabajo es una circunstancia que influye poderosamente en el valor de las cosas, puede también encontrarse, como lo hemos claramente demostrado, en oposición con éste.

Otra doctrina se presenta á nuestro examen: es la de Storch.—En el juicio ha ido Storch á buscar el fundamento del valor, diciendo que éste nos hace descubrir la relación que existe entre nuestras necesidades y la utilidad de las cosas. «El fallo que nuestro juicio pronuncia sobre la utilidad de las cosas, constituye su valor.»

Lo que debemos manifestar para rebatir esta teoría es que para formarnos una idea del valor tenemos que comparar los servicios prestados y recibidos, y no establecer la comparación entre las utilidades intrínsecas de las cosas. Anteriormente hemos demostrado plenamente que está muy lejos la utilidad de poder servirnos de piedra leve para conocer y determinar el valor de

las cosas ó productos de que el hombre se sirve para satisfacer sus necesidades y deseos.

Bastiat refuta victoriosamente la doctrina del juicio, de Storch. Dice Bastiat: ¿tenemos necesidad de ver con claridad durante el día? Para satisfacerla no tenemos que hacer gasto alguno, pues el Sol nos presta gratuitamente este servicio. Nuestro juicio considera de gran utilidad aquel servicio prestado por el astro del día, pero su valor es completamente nulo, por la razón de que ningún semejante ha tenido que prestárnoslo. Pero supongamos, continúa Bastiat, que experimentamos aquella misma necesidad de noche. Entonces, para poder satisfacerla tenemos que valernos de una luz artificial, es decir, tenemos que recurrir al servicio de otro hombre, prestando á éste, en cambio de aquel servicio, otro servicio que se considera equivalente al anterior; servicio que se traduce generalmente en dinero. Estos ejemplos que acabamos de mencionar demuestran que el valor nace cuando comparamos los servicios cambiados, y no cuando comparamos las utilidades relativas de las cosas. Á pesar de lo que dejamos dicho, no desconocemos que en muchos casos el juicio puede explicarnos el valor de ciertos y determinados objetos.

Dos de las teorías más originales son la de Senior y la de Galliani. El primero afirma que la rareza es el fundamento del valor, y el segundo, autor de una teoría mixta, dice que aquel fundamento debemos buscarlo en la rareza y en la utilidad combinadas. Debemos decir con respecto á la primera, que si en algunos casos la rareza puede explicar ciertos aumentos y ciertas disminuciones del valor, no puede ser constituida en teoría, por la razón de que no tiene el carácter de universalidad ó de generalidad que debe distinguir á toda doctrina científica. Respecto de la segunda, creemos inoficioso entrar en digresiones, pues, basando el valor en la rareza y en la utilidad combinadas, le son aplicables todas las consideraciones expuestas sobre la doctrina de la utilidad y la de la rareza.

Un economista norteamericano, Carey, ha ideado otra teoría del valor diciendo que éste es la resistencia que el hombre encuentra en la naturaleza para satisfacer sus necesidades. No entramos en consideraciones sobre esta doctrina, por no alargar demasiado este trabajo, y porque tenemos la intención de dedicar más tiempo á la teoría de Bastiat, que es la que conceptuamos más aceptable y más de acuerdo con la verdad de los hechos.

Vemos por todo lo que dejamos dicho, que ninguno de los elementos indicados explica exclusivamente la cuestión que tratamos de resolver en estas líneas. Ante aquel gran debate científico, en que han tomado parte distinguidos hombres de ciencia, podemos exclamar, parodiando á Enrique IV: «todos tienen razón.»—Si la utilidad, el trabajo, e juicio, la rareza, etc., no bastan por sí solos, sin el auxilio de los demás, para vencer todas las dificultades del problema, todos ellos juntos constituyen circunstancias que pueden influir poderosamente para producir oscilaciones notables

del valor.

Vamos, por último, á examinar la doctrina de Bastiat, que dice que el valor es la relación de dos servicios cambiados.

Hemos dicho al comenzar esta disertación que el hombre no puede satisfacer sus necesidades con su esfuerzo sólo, aislado. Para conseguir aquel propósito tiene inevitablemente que recurrir á los trabajos y á los esfuerzos, ó como dice Bastiat en sus «Armonías Económicas», á los servicios de los demás miembros de la sociedad. ¿Pero de qué manera puede el hombre aprovechar los servicios de sus semejantes? Por medio del cambio ó trueque. Como el hombre no tiene poder ni facultades para exigir que los demás le presten servicios gratuitamente, tiene que prestarles él á su vez otro servicio que se considera equivalente al servicio que se presta. De la comparación que naturalmente se produce entre estos dos servicios el prestado y el recibido en cambio, surge, clara y distintamente, la noción del valor. El valor es, pues, la relación entre los dos servicios cambiados.

Creemos que esta es la buena doctrina en la materia de que hemos tratado ligeramente en estas líneas, pues ella explica claramente todas las cuestiones que con el valor se relacionan.

## II

El valor, cuya explicación y fundamento acabamos de investigar, dando á conocer las diversas doctrinas propuestas al respecto, se divide en dos clases de valores esencialmente diversos, que casi todos los economistas admiten y reconocen en sus obras. Nos referimos al valor en uso y al valor en cambio. El primero es el valor estudiado bajo su faz subjetiva, y el segundo es el valor considerado desde el punto de vista objetivo.

El valor en uso de las cosas que el hombre aprovecha y beneficia depende principalmente—además de depender de las mismas cualidades de las cosas—de las necesidades, de los deseos, de las tendencias y de las inclinaciones especiales de la persona que de ellas se sirve. Es decir, que el valor en uso depende de todo lo que caracteriza á la persona que aprovecha de la utilidad de una cosa determinada.

Pero las necesidades y deseos que el hombre experimenta no tienen la misma importancia y la misma intensidad. Al contrario, el hombre menos dotado de espíritu de observación, puede constatar este hecho: que en las necesidades y deseos que mueven y agitan al hombre se pueden establecer infinitas y sutiles gradaciones. Una necesidad puede derivarse del instinto que siente el hombre de conservarse, de vivir, de salir triunfante y victorioso en la lucha formidable por la vida, y otra necesidad puede, por el contrario, responder nada más que á una exigencia que, como la del lujo y del adorno, llena y satisface un deseo absolutamente secundario de la vida.

Como el valor en uso no se encuentra intrínsecamente en las mismas cosas, sino que está en completa relación con las necesidades que llena y satisface, resulta evidentemente que el valor en uso de una cosa au-

menta ó disminuye de importancia é intensidad según sea la necesidad que llena y el deseo que satisface. El valor en uso del pan, que responde á una necesidad imperiosa de la vida: la de la alimentación, es infinitamente mayor que el valor en uso del diamante, que satisface las exigencias (completamente secundarias en la vida) del lujo y del adorno, de la vanidad y orgullo humanos.

Una misma cosa puede experimentar oscilaciones notables en su valor en uso, si es destinada á satisfacer necesidades diversas del hombre. Leroy-Beaulieu trae en su notable obra de economía política, un ejemplo clarísimo que demuestra hasta la evidencia aquella afirmación, que á primera vista podría acaso ser tachada de aventurada ó atrevida. Habla el eminente economista de un cultivador de trigo que todos los años cosecha una determinada cantidad de aquel cereal, que emplea para llenar diversas necesidades y deseos. Una parte del trigo anualmente cosechado es empleado en su alimentación y en la de su familia; otra cantidad igual á la primera es destinada para semilla, y otras cantidades iguales á las anteriormente indicadas, para atender otros fines completamente secundarios. Si por una circunstancia fortuita, inesperada, la cosecha disminuye, el cultivador tiene forzosamente que dejar sin satisfacción algunas de aquellas necesidades referidas. Pero ¿cuáles de ellas quedarán desatendidas? — Las secundarias, pues las principales son irremisiblemente satisfechas, so pena de que el hombre desaparezca vencido en el rudo combate diario que por la existencia libra y sostiene todo sér. Se deduce de todo lo anteriormente expuesto, que el agricultor se habitúa á dar un gran valor en uso á la parte de trigo que satisface su nutrición imprescindible, y un valor inmensamente menor que el anterior á las otras partes iguales de trigo que él destinaba para atender otras necesidades secundarias.

Block, en su importante obra de economía, cita un ejemplo análogo al que acabamos de citar.

La distinta importancia, la distinta intensidad ó la distinta gerarquía observada en las necesidades humanas, ha servido de fundamento á Carlos Wenger para establecer su celebrada teoría sobre el *menor goce*, relacionada íntimamente con el valor en uso de las cosas que el hombre aprovecha y beneficia para la satisfacción de sus crecientes necesidades y deseos; teoría que el ilustre economista francés que hemos citado más arriba trata con toda amplitud y desarrollo, que no son de este lugar, so pena de dar á este trabajo inusitadas proporciones que no debe revestir en ningún caso.

El valor en uso, á que hasta ahora hemos hecho referencia, sería el único que tendrían las cosas si el hombre permaneciera aislado de sus semejantes. Pero los Robinson sólo se observan como protagonistas de novelas, y si por casualidad, se muestra alguno ó algunos de ellos en la vida de la realidad, constituyen, ante los ojos de todo el mundo, monstruos morales verdaderos, cuyas ten-

dencias chocan abiertamente con las inclinaciones y costumbres naturales de los hombres. Si á despecho de Rousseau, el hombre no puede absolutamente llevar una vida absoluta ó relativamente solitaria, una vida de aislamiento, y tiene que recurrir á la sociedad de sus semejantes para poder satisfacer amablemente las crecientes necesidades y deseos que inevitablemente experimenta.

Como lo hemos dicho en la primera parte de nuestra disertación, tiene imprescindible necesidad el hombre de recurrir á su trabajo aislado y á los esfuerzos mancomunados, ó servicios, que diría Bastiat, de los demás hombres, para satisfacer las necesidades que siente y los deseos que continuamente lo agitan y lo mueven. Y como no puede exigir que los demás miembros de la sociedad le den las cosas ó le presten gratuitamente los servicios imprescindibles para satisfacer sus necesidades numerosas, tiene él que darles ó prestarles, como remuneración, *en cambio*, otra cosa ú otro servicio, considerado equivalente á la cosa que se da ó al servicio que se presta. De esta necesidad imperiosa del hombre nace el *valor en cambio* de las cosas, ó sea el elemento objetivo del valor, elemento que tiene indudablemente por base ú origen el elemento subjetivo. Sin el valor en uso, dice muy acertadamente Leroy-Beaulieu, no puede existir el valor en cambio de las cosas.

El valor en cambio de las cosas depende de innumerables elementos que lo hacen oscilar constante y permanentemente. Pero dentro de circunstancias regulares y normales, las variaciones que dicho valor puede sufrir es casi constante para un mismo género de productos y para un mismo lugar de la tierra.

Tan cierto es lo que acabamos de decir, que los hombres muy rara vez se equivocan del valor que, en circunstancias dadas, va á tener una cosa en determinado lugar y en momento también determinado.

El valor en cambio de las cosas, lo repetimos, puede depender de innumerables circunstancias: la rareza, el juicio, la utilidad, el trabajo, etc., elementos todos que hemos más arriba detenidamente analizado, y que influyen poderosamente para producir en dicho valor oscilaciones notables é importantes.

La dificultad de adquisición de una cosa, la cantidad de ésta, los gastos de producción de la misma y la intensidad del deseo de obtenerla, son también, como Leroy-Beaulieu lo demuestra claramente, circunstancias poderosas que influyen en la determinación del valor en cambio de una cosa ó producto necesarios á la satisfacción de una necesidad ó un deseo humanos.

Pero la ley más importante de la determinación del valor en cambio de una cosa, que todos los economistas mencionan, es, sin duda alguna, la celebrada ley llamada de la oferta y la demanda. Esta ley desempeña un papel importantísimo en el vasto campo de la ciencia de la Economía Política.

Se reconoce por todos, como un hecho en el terreno de la práctica mil veces comprobado, que las oscilaciones del valor en cambio dependen de la oferta y la demanda de una cosa. El aumento de la oferta de una

cosa hace disminuir aquel valor y aumentar sobremanera la demanda de la misma. Es decir, que el valor en cambio está en razón inversa de la oferta y en razón directa de la demanda. Pero el error de muchos economistas consiste en atribuir á aquella ley una exactitud matemática que está muy lejos de tener, como dice Leroy-Beaulieu. Se ha creído erróneamente por algunos que á un aumento doble de la oferta, por ejemplo, disminuye necesariamente el valor como la mitad, y que á un aumento doble de la demanda, corresponde también exactamente un aumento doble del valor. Pero como lo han demostrado los economistas, estudiando detenidamente los hechos que se producen en la práctica, no existe aquella exactitud, que brilla y resplandece solamente en los dominios de las ciencias exactas. Lo que se reconoce como cierto es que á un aumento de la oferta ó disminución de la demanda, ó viceversa, corresponde una tendencia muy marcada á disminuir ó aumentar respectivamente el valor en cambio de una cosa ó de un producto. En este sentido solamente es que se puede afirmar que la ley de la oferta y la demanda es la suprema reguladora de las oscilaciones del valor en cambio de las cosas destinadas á la satisfacción de las necesidades humanas.

### III

El cambio, sobre cuya importancia, poder y significación tanto hemos insistido en la primera parte de este trabajo, no ha tenido siempre la forma que hoy reviste en nuestras sociedades, cuyo grado de civilización y de cultura es por demás elevado. El cambio, como todas las instituciones humanas, ha estado y está sometido á la ley inflexible y universal de la evolución, que todo lo cambia y lo transforma. Para darse una idea de la universalidad é importancia de esta ley, no hay más que recordar las elucubraciones luminosas de Spencer, el más grande de los filósofos modernos.

El cambio ha revestido diversas formas, que han estado en íntima relación con las etapas distintas de civilización por las que ha atravesado la sociedad humana en su marcha incesante hacia las cumbres anheladas del progreso, antes de haber adoptado la forma de hoy, como encarnación del adelanto material é intelectual de nuestra época.

En las sociedades primitivas existía el cambio puro y simple, es decir, el trueque, que consistía en cambiar un producto por otro producto, una cosa por otra cosa, un servicio por otro servicio. Bien se comprende que esta forma rudimentaria, elemental y primitiva del cambio dificultaba grandemente las transacciones comerciales de los hombres. Además, no permitía que el hombre se diera cuenta exacta y acabada del valor, siquiera fuese aproximativo, de las cosas, puesto que carecía de una medida común que sirviera de comparación constante en todos los casos ocurridos. Esta necesidad última de que hablamos hizo nacer la *moneda*, que al principio fue una de las tantas cosas ó productos que sirven de objeto á las transacciones mercantiles de los hombres. Más tarde estuvo representada por algunos de los metales que se sirve

el hombre, hasta que el oro, la plata, el cobre ó el níquel reemplazaron á aquéllos en tan útil é importante función.

El trueque, que brindaba horizontes limitados al espíritu de contratación que al hombre singularmente distingue, se dividió en dos operaciones distintas, *la compra y la venta*, merced á la moneda, que sirvió de intermediaria y de medida permanente de comparación. Por esta razón es llamada por los economistas *volcrinetto*, ó sea medida del valor, y efectivamente que llena esta función con notable amplitud, facilitando notablemente las transacciones comerciales que dan tono y carácter á las sociedades contemporáneas, y que, según el mismo Spencer, constituirán el timbre de gloria de la sociedad por venir.

La oportuna intervención de la moneda en las operaciones mercantiles de los hombres, ha hecho nacer una noción nueva — la noción del *precio*, — que es nada más que el valor en cambio de las cosas estimado en moneda, ó en dinero, como se dice vulgarmente.

Hemos terminado nuestro trabajo, en el que no hemos hecho más que indicar, en forma muy pobre, por cierto, algo de lo mucho que sobre el valor han escrito distinguidos economistas. Nuestras ideas no son más que un reflejo pálido de lo que sobre el valor han dicho Block, Leroy-Beaulieu, Bastiat y otros economistas de nota que hemos tenido ocasión de consultar para la redacción de nuestro humilde trabajo.

HERMINIO C. NÚÑEZ.

## MEDICINA LEGAL

(Continuación)

3.º Como cuestión práctica, no se presenta más que la formación del Consejo de Revisión, que en nuestro Código está bien establecido, debiendo sentirse únicamente que no le dé más intervención al médico.

4.º Deberían establecerse médicos militares, y esto porque hay simulación de enfermedades y sólo el médico militar, que está viendo continuamente á los individuos, puede darse cuenta de si simulan ó no. Además la cirugía militar es un ramo especial. Habiendo tanto médico oriental no hay razón para eximirlos del servicio, reglamentándose, eso sí, el modo de efectuarse ese mismo servicio. En tiempos de Santos se crearon los cirujanos del ejército, dándose más tarde el caso de que en el Quebracho se tuviera que recurrir á los médicos prisioneros para la asistencia de los heridos. Fuera de esto, como el médico militar no ejerce la profesión, tiene tiempo para estudiar y producir obras importantes.

Lo que falta, por consiguiente, entre nosotros, es una buena organización del cuerpo médico militar, con el aditamento de una

organización adecuada del modo de prestarse los servicios médico-militares.

### INFANTICIDIO

#### I.—Disposiciones legislativas.

*Código Penal*.—Art. 338. La madre que, por ocultar su deshonra, matare á su hijo en el momento del nacimiento ó antes de que cumpla tres días, será castigada con penitenciaría de dos á cuatro años.

Art. 339. Con la misma pena serán castigados los padres legítimos, naturales ó adoptivos, el marido, hijo ó hermano que por ocultar la deshonra de la hija, de la esposa, de la madre ó de la hermana mataren á un recién nacido, dentro del tiempo indicado en el artículo anterior.

Art. 340. Fuera de los casos establecidos en los artículos anteriores, el que matare á un recién nacido será castigado con las penas del homicidio.

*Código de Instrucción Criminal*.—Art. 262. Si la causa se refiere á un caso de infanticidio, deberá expresarse en el informe la época probable del parto, y mediante la autopsia, determinar si la criatura ha nacido viable y en qué mes del embarazo, expresando las causas que razonablemente hayan podido producir la muerte y si en el cadáver se notan ó no lesiones.

II.—*Critica*.—El infanticidio, el homicidio y el suicidio constituyen las tres cuestiones particulares relativas á la persona muerta. Nuestra ley, siguiendo un plan determinado, no define estos delitos, sino que solamente hace la designación de ellos, lo que responde á la imposición de las penas que establece ella misma.

I.—En todas partes se considera delito la muerte del recién nacido, habiéndose emitido sobre este punto las más encontradas opiniones. En Francia el infanticidio es reputado delito más grave que el homicidio vulgar; mientras que en Inglaterra pasa todo lo contrario, pues en este país el homicidio se castiga con igual rigor que el infanticidio. Finalmente entre nosotros el infanticidio es considerado delito más leve que el homicidio. Como se ve, nuestro Código Penal se ha desviado de las legislaciones inglesa y francesa, adoptando una doctrina contraria.

El art. 338 del Código Penal transcrito más arriba expresa que será penada la madre que *por ocultar su deshonra* matare á su hijo; lo que quiere decir que si el móvil que la guiaba era otro, el delito será homicidio, no infanticidio.

2.—Se suele decir: ¿no sería conveniente que la ley tuviera en cuenta si el feto es ó no viable para atemperar el rigor de la pena que ella impone? ¿Acaso la muerte del feto será tan grave ante la ley, cuando el recién nacido por su constitución sólo vivirá momentos? No puede dejarse de reconocer que hay en esto un fondo de verdad; pero, con todo, no se puede menos que aplaudir sin reserva á nuestra ley al no tomar en cuenta ese dato; tanto más cuanto ello no impide que se le pueda apreciar al tratarse de la prueba de esos delitos. Por otra parte, conviene no facilitar esas atenuaciones, pues con esto iría la ley más lejos de lo que cabe é interesa. Fuera de es-

to, todo aquel que comete un delito de esta especie, lo hace precisamente porque conjetura que la vida de ese sér traerá la deshonra de la familia ó de quienquiera que sea, y, al deshacerse de la criatura, lo hace persuadido de que tendría una vida duradera, pues no siendo una persona científica, está muy lejos de suponer que se trata de una existencia tan sólo de horas. Más aún, admitir una circunstancia atenuante de esta clase, sería lo mismo que establecer una idéntica respecto á la persona que mata á un agonizante ó á un reo en capilla, fundándose en que, como dentro de pocas horas abandonarán el mundo, se tiene el derecho de abreviarles el tiempo que les falta para ello. En los delitos no se busca el hecho aislado, ni la intención también divorciada de aquel; uno y otra deben atenderse, pues ilustran y resuelven con acierto las dificultades. Y, en los casos que hemos examinado, la intención aislada ó el hecho aislado, por sí solos, poca luz arrojan.

3.—El citado art. 338 establece un plazo máximo (tres días) dentro del cual la muerte provocada del niño se considera infanticidio; si tiene lugar después de este término es un homicidio. Esta disposición del Código Penal concuerda con una análoga de la legislación española.

No en todas las legislaciones se ha tenido el buen tino de cortar todas las dudas, todos los abusos, mediante el establecimiento de un plazo fijo. Hay quien desecha este método seguro, para guiarse por indicios vagos, como la caída del cordón umbilical, etc., y por fin, quien dentro de la palabra *recién nacido* cree encontrar la solución de todo conflicto. Esto último es importante, por ser peligroso dejar librado al criterio de los Tribunales la resolución de este punto. Puede suceder que para un juez un niño de ocho ó diez días sea recién nacido, mientras que otro no lo considere tal sino hasta los tres ó cuatro, y esto tiene que traer necesariamente falta de unidad y armonía en los fallos de los jueces, con desdoro de la misma magistratura, pues lo que para un juez sería homicidio, para otro sería infanticidio, y viceversa.

El término de tres días adoptado como máximo por nuestra ley es racional y proporcionado. La persona que mata á un feto durante ese tiempo en que es más difícil ocultar el hecho, se ve que lo hace dominada por el móvil de lavar, con la ocultación de todo rastro del hecho, su honor mancillado; no así la que lo hace pasado ese tiempo, pues ya no puede ir impulsada por esos sentimientos, puesto que ya el parto se conoce y se ha divulgado, y nadie, pasado el plazo de los tres días, puede sinceramente creer que la delincente piense en una ocultación provechosa para su honor. En consecuencia, se trataría de un homicidio y no de un infanticidio, porque, según la ley, ya no existe el propósito de ocultar la deshonra de nadie.

III.—*Cuestiones médico-legales*.—Pueden presentarse del siguiente modo y en este orden: Se encuentra un feto en la calle; se da cuenta á quien corresponde, con objeto de cumplir el fin que se busca, que es el de saber si hay infanticidio, valiéndose para ello de los medios conducentes, que cons-

tituden las cuestiones á resolver. Lo primero que debe hacerse es averiguar si se trata de un feto de término, es decir, de nueve meses; si se resuelve negativamente este punto, queda cortada la investigación, pues el de feto ya no sería el de infantilicio, sino el de aborto. Si por el contrario, se resuelve que es de término, viene lo siguiente: nació vivo ó nació muerto? Si es esto último no hay cuestión; mientras que si ó primero, sigue la pesquisa. Si nació vivo hay que averiguar la causa de la muerte. ¿Se trata de muerte natural? ¿de muerte violenta? ¿qué tiempo ha vivido? Con esto se resolvería si es ó no el delito que se busca. El Juez por su parte averiguará quién lo mató y si se cometió este crimen por salvar la honra.

No faltan autores que indican como cuestiones importantes en la determinación de la existencia ó no existencia del infantilicio, las de resolver si las manchas que se encuentran son ó no de *meconio*, ó sea el excremento que arrojan los niños poco después del nacimiento; y la de averiguar si en tal ó cual hogar (horno, fogón, etc.) hay vestigios de la incineración de un feto. Por lo que nos respecta, creemos que éstas son cuestiones secundarias, comprendidas en las anteriormente enunciadas.

a). PRIMERA CUESTIÓN. *Determinar si un feto es ó no de término.*—Esta es una cuestión fácil para los peritos, pues hay caracteres típicos que permiten fundar una opinión, por tratarse de manifestaciones que sólo aparecen en un feto de nueve meses. Entre ellos citaremos ciertos puntos de osificación que sólo se encuentran en la última quincena del noveno mes, el tabicamiento de los maxilares, el descenso del testículo al escroto. Estos son los principales datos que con seguridad pueden guiar al perito.

b). SEGUNDA CUESTIÓN. *Dictaminar si el feto nació vivo ó muerto.*—Esta es la cuestión culminante en los casos de infantilicio. Todo se reduce á buscar la existencia de una función que tan sólo aparezca en el caso de que nazca viva la criatura. Por fortuna también existen signos característicos de ello, y son los que nos suministra la respiración. El llanto de un recién nacido no es más que una respiración sujeta á una modalidad especial; y cuando al nacer no lloran las criaturas, se trata de provocar ese lloriqueo, merced á ciertos movimientos que lo provocan, como sacudirlas y moverlas.

1.—El estudio del pulmón del recién nacido nos permite averiguar si el feto ha respirado ó no. El pulmón, que en la vida intrauterina de la criatura está aplastado y comprimido, en la vida extrauterina se expande, debido al aire que lo infla.

La *docimasia* es el conjunto de pruebas á que se someten los pulmones del feto para saber si ha respirado. Determinar los fundamentos de la docimasia pulmonar-hidroestática es cuestión física, no médica. Es cuestión fácil, pues esa determinación está constituida por la aplicación del principio de Arquímedes, que dice que un cuerpo sumergido, pierde tanto peso como el volumen de agua que desaloja. En consecuencia el fundamento de la docimasia pulmonar-hidroestática consiste en que el peso específico de un pul-

món que no ha respirado, es mayor que el de aquel que ha respirado. Cuando el pulmón pertenece á un feto que no ha respirado, su volumen está reducido y pesa más que la cantidad de agua que desaloja, y, por lo tanto, va al fondo, se hunde en el agua. Lo contrario sucede cuando el feto ha respirado: el aire penetra en las vesículas pulmonales, que se distienden, dilatándose igualmente los vasos que dan entrada á la sangre; el pulmón flota en el agua, porque pesa menos que el volumen de agua desalojada. De ahí el menor peso específico del pulmón que ha respirado, aunque en realidad su peso absoluto haya aumentado, debido á que además de aire, se han llenado de sangre los vasos capilares.

Tres procedimientos se conocen relativamente á la docimasia pulmonar hidroestática; y son los de Galeno, Daniel y Berni, siendo el del primero el que generalmente se sigue. El método de Galeno se compone de cuatro operaciones, que, una después de otra, se efectúan sumergiendo en agua del tiempo los pulmones, el corazón y el timo. La primera operación consiste en sumergir los pulmones, el corazón, y el timo juntos en el agua; en la segunda, se sumergen separadamente en el agua los pulmones y el corazón; en la tercera, se corta el pulmón en pedacitos y se sumergen en el agua; y por último, en la cuarta se comprimen dentro del agua los pedacitos de pulmón sumergidos, ya fluten, ya vayan al fondo.

En la primera operación, si los órganos sobrenadan, prueban que se han hecho específicamente más ligeros que el agua; y esta ligereza puede proceder, ó ya de la introducción natural ó artificial del aire, ó ya debido á un enfisema morbosos ó pútrido. Siendo completa la respiración, la mucha cantidad de aire que los pulmones contienen, no sólo hace sobrenadar estos órganos, sino también el corazón y el timo, que por sí solos se irían al fondo.

Cuando se han insuflado los pulmones del recién nacido, haya ó no enfisema, éstos contienen una cantidad de aire que los hace flotar juntamente con el corazón y el timo. Lo mismo sucede cuando los pulmones ó el corazón están enfisematizados, ya por una causa morbosos, ó por efecto de la putrefacción, pues los gases pútridos que los han llenado los hacen flotar. Sin eso, los pulmones que no han respirado se irían al fondo.

Para averiguar á qué es debida esta flotación, se procede á la segunda operación, que consiste en sumergir en el agua separadamente el corazón y los pulmones. Si en la operación anterior estos órganos flotaban por la insuflación, el corazón se irá al fondo, porque le falta quien le sostenga en la superficie del agua; mientras que los pulmones sobrenadarán. Si antes sobrenadaba toda la masa por un estado enfisematizado del corazón, éste flotará, y los pulmones se precipitarán.

Ahora bien, los pulmones pueden no haber respirado y flotar, pues la insuflación y el enfisema de los mismos pueden producir este fenómeno, con más la circunstancia de que tanto la insuflación como el enfisema pueden no ocupar más que una parte del pulmón, lo bastante sin embargo para que

éste flote entre dos aguas. Para conocer este estado hay que practicar la tercera operación. Cortando el pulmón á pedazos, sobrenadarán los insuflados ó enfisematizados, mientras que los pedazos que no estén en ninguna de estas dos circunstancias, se irán al fondo.

Una respiración incompleta puede presentar iguales fenómenos, y el pulmón sobrenadará, se precipitará ó se sostendrá entre dos aguas, según los grados de extensión que el aire respirado alcance.

Dado que la insuflación, el enfisema y la respiración pueden dar lugar á iguales fenómenos, se hace necesario proceder á la compresión de los pedazos pulmonales, ó sea á la cuarta operación. Si sale el aire espumoso con dificultad y no todo, persistiendo los pedazos pulmonales en flotar, entonces el aire procede de la respiración. Si salen burbujas chicas fácilmente y los pedacitos no flotan tanto, ó nada, el aire es efecto de la insuflación. Y, por último, será producido por un enfisema pútrido ó morbosos, si salen ampollas gruesas y dejan los pedazos de flotar.

Resumen: si en la primera operación no flotan los pulmones, el corazón y el timo juntos, esto puede proceder de no haber respirado el feto, ó ser debido á un estado patológico de los pulmones ó á arrastrar el corazón á los pulmones. Si en la segunda operación también van los pulmones al fondo, ya no es el corazón la causa. Si aun después de la tercera operación se precipitan, sucediendo lo mismo en la cuarta, cuando han sido estrujados, la no respiración es la causa de este fenómeno.

Como se ve, para que el método de Galeno sea cierto es necesario tener en cuenta todas las circunstancias, que, aunque diversas, pueden producir iguales efectos. (Para más datos, véase Mata).

2.—*Objeciones.*—Se dice que el fundamento de la docimasia puede estar equivocado, por poder dilatarse un pulmón por causas ajenas á la respiración como lo son: la putrefacción y la insuflación. Estas eventualidades ¿pueden hacer equivocar á un médico? No, como se pasa á demostrar.

La putrefacción en los pulmones se presenta tarde, no en seguida, siendo esto debido á que los pulmones, á causa de su tejido duro, y á estar compuestos particularmente de fibras elásticas, se descomponen relativamente más tarde que otros órganos, como el hígado y el bazo. Y esta putrefacción tardía de los pulmones, se demuestra con el hecho de haberse encontrado pulmones de fetos que han estado enterrados uno ó dos meses, y, que á pesar de ello, sumergidos, se han ido á fondo; mientras que si hubieran estado corrompidos, flotarían. Hay que tener en cuenta que los pulmones vacíos de aire, resisten mejor la putrefacción que los que contienen dicho elemento, pues el aire favorece el desarrollo de los gases pútridos.

La insuflación se presenta en uno de estos dos casos: ó ya cuando un médico, tratando de salvar á un feto que se ahoga, lo insufla con objeto de darle vida; ó ya se insufla el pulmón del feto en el caso que una persona quiera perder á una mujer. El pri-

mer caso no es importante, pues el médico no hará misterio de la cosa, diciendo sencillamente: «lo insuflé», y con esto se saldrá de dudas. El segundo caso sí, tiene importancia, aunque no es frecuente, pues supone cierto conocimiento de esos secretos de la docimasia que no están al alcance de todo el mundo. Pero, con todo, hay ciertos recursos para demostrar que ha respirado: así, apretando el pulmón, haya ó no respirado el feto, en los dos casos saldrán burbujas; pero, si ha respirado, flotará, mientras que se hundirá en el agua en el otro caso. Y esto tiene su base en una ley física, que establece que un cuerpo no aumenta de peso por más que se le infle.

En casos de enfermedades del pulmón, puede éste pesar más que el agua y sumergirse. Estos casos son raros. Los peritos, por otra parte, darán con la causa de la enfermedad, porque encontrarán tales y cuales vestigios que les harán conocer las determinantes que han dado motivo á la inflamación.

Un pulmón que ha respirado y que no tiene enfermedades, ¿puede sumergirse? En algunos casos sucede esto, pero todo es cuestión de estudiar detenidamente cada caso en particular. Basados en esto, se dice por algunos que el recurso de la docimasia no es exacto, puesto que puede haber vida extruterina sin respiración y vida intrauterina con respiración. Esto último puede suceder antes de la ruptura de las membranas que envuelven al feto? No; puesto que habría que demostrar (y esto nadie lo ha hecho) que el líquido amniótico tiene gases y que el feto respira dentro de ese líquido como el pez en el agua. Después de la ruptura de las membranas, puede admitirse, porque se concibe que el aire llegue hasta la criatura, pero aun así mismo la respiración sería incompleta, y la responsabilidad estaría atenuada. El hecho de que una criatura nazca y no respire, sucede, aunque no con frecuencia. Se han hecho experimentos sumergiendo ciertos mamíferos, después de nacer, en agua, durante 20 ó 30 minutos, y sacados de ella han vivido, lo mismo que fetos enterrados vivos en seguida de nacer, por manos criminales, y que desenterrados después de algunos minutos han vivido. Se cuentan casos concretos, como el de aquella joven que inmediatamente de haber parido enterra á su hijo en el jardín de su padre, cubriéndole con unos cinco centímetros de tierra. El padre de la joven, que llegó media hora después, se aperció de que había parido; ella indicó el lugar donde había enterrado la criatura, pretendiendo que había nacido muerta. El padre la desenterró, y el feto volvió á la vida, á pesar de que había estado tres cuartos de hora enterrado. En estos casos, cuando hay alguna enfermedad de las vías respiratorias, pueden aparecer como afixados, sin dejar indicios de haber nacido y de no haber respirado. Esto también atenuará la responsabilidad de la madre. Son raros estos casos, y por lo tanto pueden disculparse los delitos, por no ser un peligro grande.

Con lo expuesto queda resuelta la cuestión de la docimasia.

Otros signos menos importantes para re-

solver esta cuestión se encontrarían: en la desaparición del tejido mucoso fetal, que llena por completo la cavidad del tímpano en el feto, lo cual se efectúa en las primeras horas siguientes al nacimiento; en la evacuación de la orina y del meconio, que se verifican generalmente dentro de las primeras veinticuatro horas, y, según Casper, en los depósitos de ácido úrico en los tubos urínteros de los riñones.

Hay signos que sólo pueden presentarse después de nacer un feto. Se cuenta el caso de una mujer que parió gemelos: el primero nació y respiró y la madre lo mató pegándole un zuecaco en la cabeza; y, en cuanto al otro, al asomar la cabeza fuera del útero, lo mató también la madre con el mismo zueco. Este caso fué resuelto por los peritos diciendo que, aunque el segundo feto no había respirado, había nacido vivo como el primero.

JOSÉ FERRANDO Y OLAONDO

(Continuará.)

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

ALFREDO DE MUSSET, por RUFINO BLANCO FOMBONA. CARACAS. TIPOGRAFÍA «EL COJO». 1897. 1 folleto en 16, con 27 págs. numeradas, 1 s/n y 1 retrato.

El señor Rufino Blanco Fombona, uno de los jóvenes literatos venezolanos que más se destacan por su talento en el selecto y animoso grupo literario que mantiene dignamente la gloria intelectual de la patria de Bello, de Pérez Bonalde y de Baralt, acaba de publicar en Caracas un notable estudio crítico del poeta de *Rolla* y de *Las Noches*.

Conocidas nos eran las sobresalientes dotes poéticas del señor Blanco Fombona. Su estudio de Musset nos revela, no menos favorablemente, sus condiciones de prosista.

El amor entusiasta por la poesía de Musset es un sentimiento de todo corazón joven capaz de sentir lo bello, de apasionarse por lo verdadero y profundo. El señor Blanco ha interpretado elocuentemente en su gallarda prosa la emoción de todos los lectores del gran poeta.

Una visita á la tumba del cementerio del Padre Lachaise, donde, á la sombra del sauce que el mismo poeta pedía, reposan los restos del autor de *Namouna*, inspiró al joven escritor su hermoso trabajo.

Aparte de la *oportunidad eterna* del tema del opúsculo que nos ocupa: la que le da la gloria siempre viva de Alfredo de Musset, contribuye á prestarle un interés de actualidad la cuestión, recientemente removida, de los amores del poeta con la autora insigne de *Indiana*; cuestión á la que consagra el señor Blanco algunas páginas de su folleto.

Para dar idea de la forma brillante y concisa en que está escrito el opúsculo de que tratamos, transcribimos á continuación un fragmento de él: el paralelo de Hugo, Musset y Baudelaire.

Pero no queremos terminar esta breve

nota sin encomiar, como se merece, la elegante forma tipográfica del folleto, editado por los talleres de *El Cojo*, de Caracas, que hacen honor al arte tipográfico americano.

« Del país de Francia amo por sobre los demás á tres poetas, los tres desemejantes, antagónicos casi. Tendencias, modos de sentir, modos de expresar el Arte, todo pone buen espacio entre ellos. Estos poetas se llaman Víctor Hugo, Alfredo de Musset y Carlos Baudelaire.

« Víctor Hugo es en orden á los poetas lo que es el Amazonas en punto á ríos: el primero. Pensamientos de Víctor Hugo hay envueltos en sombra; pero á nadie sorprende que los picos de montaña demoren entre nubes.

« El cuáquero Paine sólo ve vates en los profetas bíblicos; ¿quién es el que no adivina un profeta en el bardo francés?

« Él canta de libertad cuando su pueblo yace en la servidumbre; él recibe, él impone tremendo castigos, todo por igual; sus cóleras no van en zaga á las de Isaías; sus yambos superan á los de Arquíloco; él, como Jesús, resucita muertos; los evoca y comparecen; ahí están: Caín, el fratricida; Carlos V, el rey; Torquemada, el inquisidor; Bonaparte, el héroe.

« Víctor Hugo ha muerto; pero muchos siglos habrá de gustarse la poesía de sus creaciones. El Amazonas cae al mar; pero sesenta leguas mar adentro puede beber el navegante el agua dulce del río.

« Alfredo de Musset es uno de los poetas que más hayan rendido culto al yo. Todo lo refiere á sí mismo. Acaso deba su renombre, mayormente entre jóvenes y mujeres, al ser poeta de vigorosa personalidad intensamente patético; cantor de dolores que, ó hemos padecido, ó somos capaces de padecer.

« Está muy lejos de lo que llamamos hoy un refinado. Sincero, espontáneo, su poesía es transparente. Corre en ondas al través de las cuales se ven guijas de oro. La métrica no enjaula á este condor. Para él el Arte no es Cáucaso; la gramática no es buitre. Prometeo en pie, grita sus dolores. De ahí que Bourget haya escrito: *il y a de l'orateur dans Alfred de Musset*.

« Baudelaire es muy otra cosa. Baudelaire es el mágico á quien ha dicho Víctor Hugo: habéis dotado el cielo del Arte de no sé qué rayo macabro; habéis creado un escalofrío nuevo. Baudelaire es de los que creen — como afirma D'Aureville — que todo está perdido, hasta el honor, á la primera rima débil, en la poesía más animada y vigorosa. Baudelaire es el poeta de quien ha escrito Eduardo Thierry: en él reconocería Dante su ímpetu, su palabra espantosa, sus imágenes inaplacables y la sonoridad de sus versos de bronce.

« Hugo, Musset y Baudelaire constituyen una trimurti extraña y gloriosa. Si cupiera el expresar con colores la sensación que uno tiene de los poetas, diría que Víctor Hugo es rojo como una rosa encendida, como una púrpura ardiente, como unos labios de virgen, como la sangre, como el vino, como el ocaso; Musset azul, azul como el cielo, azul como un mar de acurela, azul como las aguas del Tirreno, azul tornasolado como una mariposa; Baudelaire verde como una

gota de ajeno, verde como el ojo del tigre, verde cambiante como el verde de una ola, como el de una yerba de la umbría, lecho y pasto de bestias montaraces.

«Hugo canta la Libertad, el Progreso, la Fraternidad, la Justicia; Musset es el poeta del Amor, del Dolor; Baudelaire ama los Deseos, las Melancolías, las Desesperaciones. Sin embargo. Baudelaire es algo más que cantor de *puros Deseos*, de *graciosas Melancolías* y de *nobles Desesperaciones*.

«Sainte Beuve explica muy curiosamente la tendencia literaria del jardinero de las siniestras *Flores del Mal*. Baudelaire, dice, llegó al mundo tarde.

«Ya estaban cosechados por los líricos campos de Cielo y Tierra. Al poeta no le quedó otro recurso que conquistar el Infierno, hacerse diablo, y arrancar sus secretos a los demonios de la noche.

«Así, pues, Baudelaire es un poeta satánico; casi maniqueo, quiere Clarín. Este crítico ha precisado con envidiable talento el satanismo de Baudelaire: se le antoja un cuadro diabólico dibujado con fósforos sobre la pared, en la obscuridad.»

LA PARTIDA DOBLE. ESTUDIOS TEÓRICO-PRÁCTICOS DE CONTABILIDAD COMERCIAL AL ALCANCE DE TODOS. POR EMILIO OLIVER CASTAÑER. (Primera entrega.)

El señor Oliver, autor de diversas obras comerciales como *El Consultor del tenedor de libros* y el *Manual Práctico del Comerciante y del Dependiente de comercio*, ha comenzado a publicar por la conocida casa editorial de Luis Tasso (Barcelona) este recomendable tratado teórico práctico de teneduría de libros, que, por su plan y extensión, resultará indudablemente una excelente y completa obra didáctica.

El libro constará de tres partes: una teórica; otra práctica, y una tercera consistente en un formulario de documentación mercantil.

La Librería «El Siglo Ilustrado» de Andrés Rius, es la encargada de la venta en esta capital.

BIBLIOTECA DE «LA ESCUELA PRÁCTICA». JUAN BENEJAM. HARMONÍAS CIENTÍFICAS. CUADROS DE LA NATURALEZA EN VERSO. CIUDADELA DE MENORCA. IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SALVADOR FÁBREGUES. 1897. 1 vol. en 8.º. 128 págs.

Esta colección de poesías descriptivas y didácticas está destinada a servir de lectura en las escuelas.

Su autor dirige en Ciudadela de Menorca una importante revista pedagógica que lleva el título de *La Escuela Práctica*.

ISMARL ENRIQUE ARCINIEGAS. POESÍAS. CARACAS, TIPOGRAFÍA «EL COJO». 1897. 1 vol. en 8.º

El autor de esta selecta colección de poesías es un joven y distinguido literato, nacido en Colombia, pero incorporado, desde su iniciación en la vida de las letras, al animado y brillante movimiento intelectual que sostienen en la capital venezolana poetas y escritores del mérito de Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés A. Mata, Rufino Blanco Fombona, Pedro C. Dominici, Eloy

G. Gonzalez y otros; bizarro grupo literario que se congrega en las páginas de una hermosísima ilustración caraqueña, que merece ser considerada como la primera de las publicaciones de su índole en la América Española.

De las *Poesías* del señor Arciniegas se hablará con más detenimiento en uno de los próximos números de la REVISTA.

En esta nota, de simple información, sólo anticiparemos un sincero aplauso al joven poeta colombiano, cuya personalidad literaria estudia con muy acertado juicio el señor Ricardo Becerra en el extenso prólogo que lleva el libro.

La composición intitulada *Lejos* dará a nuestros lectores fiel idea del estilo poético de Arciniegas:

Ya la noche descende. El ave busca  
Albergue tibo en las enhiestas palmas.  
El día es sombra que la mente ofusca,  
Y la noche la aurora de las almas.

¡Cuán bella, oh noche, estás!...

Desgarra el velo

Que a mis ojos te envuelve, ángel proscrito!  
De dos almas la unión festeja el cielo;  
Nuestras nupcias celebra el Infinito.

Ven a mi lado, ven! La luna asoma,  
Y nos bendice Dios. Sigue mis huellas.  
Las flores todas nos darán su aroma,  
Y sus fulgores todas las estrellas.

«Recordar es vivir» ¡Oh pensamiento,  
Rompe tus ligaduras, bate el ala!  
Despiértate a la voz del sentimiento;  
Sea la escala de Jacob tu escala!

Recordar es vivir. Como solías  
Habla a mi alma, sin tu amor desierta.  
Haz que revivan los pasados días,  
Haz que reviva la esperanza muerta!

Solo! Lejos de tí! Martirio horrible!  
Hoy al perder tu amor todo lo pierdo.  
Quién hiciera posible lo imposible,  
Y quién eterno hiciera mi recuerdo!

Ya estás aquí! mi corazón te siente;  
Ya oigo el ruido que forman tus pisadas...  
Parece envuelta tu marmórea frente  
En la luz de las tibias alboradas.

De la vida en la senda borrascosa  
Tu planta siempre seguirá mi huella.  
Somos perfumes de una misma rosa,  
Somos fulgores de una misma estrella.

No huyas, visión. En tu sonrisa veo  
Tu ardiente amor... la súplica... el reproche.  
En tus pupilas, que encendió el deseo,  
Parpadea la luz, duermo la noche

No huyas, visión! En dulces embelesos,  
Unido a ti con invisibles lazos,  
Quiero en mi boca el fuego de tus besos  
Y en mi pecho el calor de tus abrazos.

Canta! El dolor al corazón avanza,  
Y quiero oír tus notas virginales,  
Tristes, como el amor sin esperanza,  
Bellas, como las noches tropicales.

Canta! Tu voz a mis oídos llega,  
Imitando, en cadencia arrulladora,  
Las vibraciones de la lira griega,  
Y el dulce ritmo de la guzla mora.

Tú eres fuerza, laúd y poesía,  
Inspiración de mi cerebro enfermo;  
Mi débil fe sostienes en el día,  
Y me hablas de esperanza cuando duermo.

Tú siempre para mí serás consuelo  
Y de mi frente apartarás las sombras;  
Haces brotar estrellas en mi cielo  
Como de flores mi camino alfombras.

¡Te fuiste ya, del corazón mentira!  
De tu paso ante mí no quedan rastros,  
Huyes en tanto que la tarde expira,  
Mientras la noche se corona de astros.

En la selva plegó la flor su broche:  
La luna irradian en la extensión vacía...  
Es hora de soñar! ... Cayó la noche,  
Aurora de tu alma y de la mía!

LA ILUSIÓN EN LA CIENCIA MODERNA. EN CASA DE MI TÍO. VELADAS. POR ANTONIO. BARCELONA. TIPOGRAFÍA HISPANO AMERICANA. 1896. 1 vol. en 8.º de 160 págs.

El autor, propagandista católico que usa el pseudónimo de *Antonio*, desarrrolla en el bien escrito libro que nos ha remitido, el mismo tema de que trató en los artículos de polémica insertos, no hace mucho tiempo, en *El Diario Catalán*, con título parecido al de esta obra.

Con anterioridad, había publicado el mismo autor la intitulada *De Carlos a Mamel y viceversa*, que forma parte de la Biblioteca de «El buen combate.»

EN CASA DE MI TÍO. VELADAS (SEGUNDA PARTE), POR ANTONIO. BARCELONA. TIPOGRAFÍA HISPANO AMERICANA, 1897. 1 vol. en 8.º de 104 págs.

Continuación del que es objeto de la nota anterior, este libro luce las mismas condiciones de forma amena y sencilla, adecuada al propósito de propaganda religiosa en que están ambos inspirados.

#### PUBLICACIONES PERIÓDICAS

*La Revista Científica Hispano-americana*. Nueva York. Publicación mensual consagrada a las ciencias aplicables a la industria, y en particular, a la fotografía y al fotografiado.

Son sus editores propietarios los señores E. y H. T. Anthony y Compañía.

*Ciencias, Artes y Letras*. Santo Domingo. Revista quincenal ilustrada que dirigen los señores A. Castillo, A. Montolio y Luis A. Weber. En ella colaboran conocidos escritores americanos.

*La Montaña*. Buenos Aires. Periódico de propaganda socialista revolucionaria, que dirige el inspirado poeta y vigoroso escritor Leopoldo Lugones, a quien la REVISTA NACIONAL cuenta en el número de sus distinguidos colaboradores.

*La Vos de San Antonio.* Santiago de Chile. Revista mensual ilustrada que redactan los P. P. Franciscanos del Convento Máximo de la capital chilena. Sirve de órgano a la Pta Unión de San Antonio, asociación religiosa erigida en Roma.

*La Vos del Pueblo.* Trinidad. Periódico bimensual de intereses generales, que empieza a publicarse en la capital del Departamento de Flores.

*Buenos Aires.* La Plata. Diario político y noticioso que aparece bajo la dirección del señor Eduardo Della Croce.

*La Lira Chihuahuense.* Chihuahua. (Méjico). Periódico quincenal literario, dirigido por el señor Silvestre Terrazas.

## SUETOS

La REVISTA NACIONAL anunció en uno de sus anteriores números la muerte del notable prosador colombiano José M. Vargas Vila.

La noticia de tan triste suceso fué propagada por casi todas las publicaciones literarias del Continente, de una de las cuales la tomamos para nuestras columnas.

Afortunadamente, la muerte del reputado escritor ha resultado una falsedad difundida con el propósito de dar una broma de mal gusto al autor de *Los Providenciales*, quien se encuentra presentemente en Caracas, dispuesto a continuar con nuevos bríos su ya larga labor intelectual.

La supuesta muerte de Vargas Vila ha dado lugar a una plausible reconciliación literaria.

Cuando llegó a Buenos Aires la falsa noticia, Rubén Darío, que se hallaba desde hace años enemistado con el vigoroso escritor, publicó en *La Nación* un notable artículo necrológico, en el que tributaba el homenaje de la más amplia justicia a los méritos del que había sido su enemigo. Vargas Vila contesta en una revista de Caracas con otro hermoso artículo, igualmente honroso para el poeta de *Azul*.

La prensa americana ha sido unánime en el homenaje rendido a las altas dotes literarias de Vargas Vila, con motivo de su supuesto fallecimiento.

—Se ha hecho cargo de la dirección de *Los Debates*, interesante periódico universitario, el joven poeta Guzmán Papini y Zas, asiduo colaborador de nuestra REVISTA y una de las más privilegiadas inteligencias de su generación.

De la acertada marcha que llevará el periódico son suficiente garantía las relevantes y bien conocidas dotes de su director.

El número 4, que hemos recibido, se presenta lleno de selecto material y realzado por mejoras materiales de importancia.

—Ha visitado nuestra mesa de Redacción el nuevo periódico *Vida Montevideana*, revista social que dirige el señor Rafael J. Fosalba.

El primer número, adornado con hermosos grabados y al que acompaña una pieza de música del compositor don Gerardo Metallo, se presenta lleno de interés y amenidad.

En su larga lista de colaboradores figuran muchas distinguidas personalidades literarias.

Al retribuir su galante saludo, hacemos votos por la prosperidad y larga vida del nuevo periódico.

—Con motivo de la vacante ocasionada por el reciente fallecimiento del señor Ayuso, en la Real Academia Española, se discuten por la prensa madrileña los siguientes candidatos al puesto de académico: la insigne escritora Emilia Pardo Bazán, el conocido crítico I. Fernández Flórez, que usa el pseudónimo de *Fernanflor*, el poeta Emilio Ferrari, el notable novelista Armando Palacio Valdés, el popular escritor Mariano de Cavia y el ingenioso autor cómico Ramos Carrión.

—*A vueta pluma* se titula la última obra de don Juan Valera. Es una interesantísima colección de artículos literarios y políticos. De los primeros merecen especialmente citarse los referentes a la cuestión del *Teatro libre*, que se dilucidó recientemente en la prensa española, los de polémica con Salvador Rueda a propósito de la moral en sus relaciones con la poesía, y los titulados *Fines del arte fuera del arte*. Los artículos políticos versan sobre tópicos internacionales relacionados con la revolución de Cuba y la actitud de los Estados Unidos.

—Luis Taboada acaba de publicar en Madrid una nueva colección de artículos intitulada *Tipos cómicos*. Lucen en ella, una vez más, las condiciones bien conocidas del autor para la literatura festiva.

—El correo de Méjico nos trae la triste nueva del fallecimiento del reputado poeta de aquella República, Guillermo Prieto.

Era, además de poeta notable, un meritorio hombre público.

Dice de él un periódico mejicano:

«Acaba de desaparecer una de las figuras más simpáticas y populares de la República. Deja un gran vacío en el viejo partido liberal, en el profesorado y en la literatura patria. Difícilmente podrá encontrarse una personalidad más típica, más característicamente mejicana, un hombre más empapado en nuestras ideas, mejor impregnado de nuestras pasiones, más imbuido en nuestras costumbres.

«Adorador de nuestras virtudes, tolerante para con nuestros vicios, orgulloso de nuestras glorias y dolorido siempre de nuestras miserias, nadie cantó como él nuestra epopeya ni pintó nuestras costumbres, ni batalló en la prensa y en la tribuna por nuestras libertades, ni ofició con mayor solemnidad en nuestro templo constitucional.

«Como constituyente, figuró al lado de los más avanzados liberales, ayudó con su numen y su entusiasmo a proclamar los derechos del hombre y las garantías individua-

les; combatió con energía a la reacción y al clericalismo.

«A él se deben en gran parte la consignación en la Carta de principios económicos de alta trascendencia; la abolición de las alcabalas, de los monopolios, de la llamada protección a la industria. Como administrador, pasaron por sus manos los cien millones del clero, dejándolas limpias e inmaculadas. Como ministro, acompañó a Juárez al ostracismo y su arrebatarora elocuencia le salvó la vida en Guadalajara. Como diputado, fué un paladín del liberalismo y de la Constitución, y llegada la época de la paz, prestó su concurso desinteresado a la grande obra de regeneración y de progreso en los últimos veinte años.»

—Enrique Álvarez Bonilla, uno de los más distinguidos literatos jóvenes de Colombia, ha publicado la segunda parte de su traducción de *El Paraíso perdido*.

La versión del señor Bonilla, además de probar su profundo conocimiento del gran épico inglés y ser una obra de positivo valer como interpretación y estudio de la poesía miltónica, pone de relieve sobresalientes condiciones de versificador.

—El artículo que con el título de «El Valor» en otro lugar publicamos, y cuya lectura recomendamos muy especialmente a la juventud estudiosa, fué leído ha poco tiempo por su autor, el aventajado estudiante de derecho de nuestra Universidad Br. Herminio C. Núñez, en el aula de Economía Política.

—El joven y distinguido escritor peruano José María Barreto, que dirige en Tacna la ilustrada revista literaria intitulada *Letras* publicará en breve, en colaboración de su hermano Federico, una colección de artículos, cuentos y fantasías, que llevará el título de *Fratérmicas*.

—El conocido escritor dominicano Tulio M. Cestero editará próximamente en libro los artículos de crítica que viene publicando desde hace algún tiempo en varios periódicos de Nueva York y de Caracas.

—Con el título de *La Gran Revista* aparecerá en Lima una importante publicación literaria ilustrada que dirigirá el distinguido poeta José S. Chocano, actual redactor de *La Nublina*.

Tendrá por modelo, en la parte material, *La Ilustración Artística* de Barcelona.

—La muy amena revista literaria que publicaban en Guayaquil con el título de *América Modernista* los jóvenes escritores Gallegos del Campo, Luna y Amponero, reaparecerá en breve con igual dirección.

